

BOLSILIBROS
BRUGUERA

 SERIE
**PUNTO
ROJO**

¿quién era "Cat"?

curtis garland



COLECCION

PUNTO ROJO



CURTIS GARLAN

¿QUIEN ERA «CAT»?

Colección PUNTO ROJO n.º 499

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito Legal B 35.686 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1971

© **CURTIS GARLAND - 1971**

sobre la parte literaria

© **MIGUEL GARCÍA - 1971**

sobre la cubierta

Concedidos derechos
exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.
A. Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto excesivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.104 — Oriente Medio.

En Colección PUNTO ROJO:

491 — Patrulla 22.

PÓRTICO

El fenómeno de los *cómics* no es nuevo, ciertamente. Uno, echando la vista atrás, puede recordar muy bien que Flash Gordon fue lectura de su infancia, como lo fueron Mandrake el Mago Moderno —entonces llamado, no sé por qué, Merlín—, así como Buck Rogers y sus relatos de ciencia ficción, y, naturalmente, las famosas y viejas «tiras» de Donald Duck, Mickey Mouse, Popeye o los jóvenes patrulleros del Marfil, en África, Jorge y Fernando.

Hablo de lejanos tiempos. Luego, más adelante, mis ojos fueron pasando sobre las historietas dominicales de Dick Tracy, el superdetective, El Fantasma (también conocido en algunos países como El Hombre Enmascarado), y toda aquella literatura infantil, que entonces era motivo de desprecio o indiferencia por parte de los adultos, ha ido ahora hacia arriba vertiginosamente, hasta convertirse en una literatura gráfica realmente prestigiosa y prestigiada, que en los países sajones y en muchos meridionales, como Italia, ha alcanzado ya cimas de madurez de todo tipo, llegando hasta la famosa Barbarella, con su carga pseudoartística.

Entre todo ello, ahí están ya auténticos clásicos de la historieta o *comic* como son Charlie Brown y Snoopy, Rip Kirby, Terry y los Piratas. A los que se van uniendo otros, como la argentina Mafalda y los supereróticos

personajes de los *cómics* italianos, con toda clase de procedimientos de moda para darle una nueva sugestión al género.

Los *cómics* son ya motivo de decoración, de adaptación cinematográfica (Satanik, Diabolik, Charlie Brown, etc.), o para la televisión, con toda la gama infinita de personajes posibles, habiendo llegado ya el *comic* a hacer protagonistas de sus «tiras» diarias o semanales a antihéroes como Frankenstein y su monstruo, Drácula, asesinos morbosos y auténticos entes de pesadilla, en vez de los iniciales héroes novelescos e incluso caballerescos, como El Príncipe Valiente o el Tarzán de Edgar Rice Burroughs, adaptado este último, al igual que el héroe del rey Arturo, por el lápiz prodigioso de Hal Foster, un auténtico gótico de la «tira cómica».

Hablamos aquí, superficialmente, de la historia del *comic* y sus personajes, porque ese fenómeno de la literatura gráfica forma parte de la esencia de este relato, y puede servir para situar al lector en el auténtico ambiente de nuestra obra. Creo que el *comic* es una manifestación de arte muy digno de nuestra época, y que las actuales generaciones supieron ver, mejor que las pasadas, su auténtica calidad y dimensión.

Por tanto, el *comic* es género crucial en las modernas formas de expresión y de creación. Y tratándose, en tal caso, de un fenómeno casi social, y desde luego de primera magnitud artística, puede ser muy bien centro de un clímax, de una situación, de la actitud de unos seres. Seres que, en cierto modo, llegan a ver depender su fortuna, sus pasiones, sus ambiciones, e incluso su propia vida, de un simple personaje de «tira cómica». Un personaje que no hallarán, ciertamente, en ningún *comic* editado, pero que se asemeja, en ciertos aspectos, a todos o casi todos los de moderna factura, en especial en Estados Unidos.

Aquí, el *comic* es principio y fin de una trama sorprendente y violenta. Un personaje dibujado, creado sobre el papel, como es Sexy, puede llegar a influir en las vidas de los seres de carne y hueso.

E incluso puede llegar a destruir. A matar.

Así es nuestra historia. La historia de Sexy. La historia de un *comic* mortífero...

Martin Graham bebió un trago. Se me quedó mirando, de hito en hito.

Tenía los ojos enrojecidos, la mirada brillante pero torpe, y el rostro completamente abotargado. Al hablar, su lengua se movía dificultosamente. Y las palabras salían borrosas, llenas de torpeza:

—Fui yo —dijo—. Yo lo hice todo. Yo fui el autor. Yo, ¿entiende? Solamente yo...

Miré, pensativo, a mi interlocutor. Martin Graham no me ofrecía la menor confianza. No podía creerle a pies juntillas, ni mucho menos. Pero un profesional como yo está obligado a escuchar cuanto le dice un posible cliente. Y Graham, pese a todo, podía ser mi futuro cliente. Yo no tenía tantos como para andarme con escrúpulos, a la hora de elegir a los que me pagaban.

Asentí, tras echar una bocanada de humo y aplastar luego el cigarrillo en el cenicero de loza, con el anuncio de un conocido whisky *bourbon*.

—Sí —convine—. Entiendo. Usted lo hizo todo. Es el autor. Pero Paul Karpis cobra. Y Paul Karpis es famoso en el país. Y en el mundo entero.

—Paul Karpis... —escupió casi las dos palabras que formaban el nombre. Con odio, con ira, con rencor. Luego, sacudió la cabeza, con gesto de asco, y se echó otro trago al colete—. El cerdo hijo de un coyote, el

sucio bastardo aprovechado... Es un ladrón, un pirata. Me lo robó todo. El personaje, el tema, el éxito... y el dinero.

—Sobre todo, el dinero —miré en tomo, a la vivienda humilde, descuidada, sucia, con la cocina llena de platos, el frigorífico abierto, mostrando pilas de latas de alimentos baratos, y con un armario donde se descubrían docenas de botellas de ginebra.

—Todavía tengo suficiente para pagarle —me dijo, desafiándome con la mirada—. Supongo que no pedirá mucho...

—No, no mucho —admití—. No soy de los más caros de la ciudad.

—Claro que no —rió, y su risa me hizo daño. Era como una ofensa; como una humillación—. ¿Cree que soy tonto? No miro una guía telefónica a tontas y a locas. Primero me entero, hago averiguaciones... Así supe de usted. Había otros, pero usted me atrajo. No sé si fue su nombre. Mike Cash... Eso suena bien, ¿eh?

—No sé —me encogí de hombros—. Estoy habituado a oírlo desde que era niño. No puedo saber si suena bien. Es mi nombre, y eso basta.

—Pues bien, Mike Cash —me señaló con el dedo, como si él fuese un juez y yo un reo—. No sé si es bueno o malo. Pero sé que es barato, y eso me basta. Le necesito. Le pagaré lo que fije por sus honorarios.

—Depende de lo que quiera de mí —suspiré—. Acostumbro a seguir esposas infieles, y cosas así.

—Yo no tengo esposa.

—A veces, también sigo a amantes —sonreí.

—Tampoco tengo amante —llenó su vaso de ginebra otra vez—. No tengo a nadie.

—Entonces, ¿qué espera que haga yo? —quise saber.

—Que me reivindique. Que pruebe que Paul Karpis me robó cuanto era mío. Que logre una indemnización. Que me acepten como el auténtico autor de la obra de Karpis..., o me paguen, cuando menos, conforme a mis méritos.

—Es trabajo para un abogado, Graham —indicé—. Y yo no soy abogado.

—Ya lo sé —refunfuñó—. Usted es detective privado. Su anuncio dice que cobra precios razonables. ¿A qué le llama «razonable», Cash?

—A veinte dólares diarios, más dietas y gastos, si hay viajes, desplazamientos, y cosas así —dije secamente, con un bostezo.

—Conforme —rebuscó en sus bolsillos. Me tiró encima de la mesa hasta una decena de billetes de veinte dólares—. Está contratado por diez días. Son doscientos, cuéntelos. No tiene que salir de la ciudad. Si tiene gastos, pásame la cuenta, pero que sea también razonable. No pagaré mucho. Si puede tomar el *subway*, no tome un taxi. Si puede tomarse un café, no tome un whisky, ¿entendió?

—Sí —dije, contando los billetes. Eran doscientos dólares. Y hacía

meses que no los había visto juntos. Los guardé con rapidez—. Descuide. Sólo le cobraré lo imprescindible, Graham. ¿Qué quiere que haga yo por usted, en estos diez días?

—Probar que yo soy el creador de todo eso —pegó un golpe violento a las publicaciones en color que se extendían sobre la mesa—. ¡De todo eso! Y que Paul Karpis no hizo sino robarme la paternidad y adueñarse de todo.

—Ya —examiné de nuevo lo que Graham me había hecho ver a mi llegada. Aquellas publicaciones gráficas de diez o de veinte centavos se podían encontrar en cualquier sitio. Se vendían mucho. El tenía allí al menos una veintena de diferentes ejemplares—. ¿Usted dibuja, Graham?

—¡Dibujar! —farfulló, herido en su amor propio. Se irguió, agitando los brazos—. ¡Soy un gran dibujante, un genio de la historieta! ¡Yo dibujaba siendo niño, cuando Karpis era solamente un aprendiz, en unos estudios de animación de «cortos» para la televisión!

—Pero Karpis llegó —dije con un suspiro—. Y usted, no.

—Yo elegí esto —pegó un golpe seco a la botella de ginebra—. Tuve mis problemas íntimos, y opté por beber. Pero para entonces, ya había creado a esa maldita muchacha que usted ve ahí.

Pegó un manotazo a la lasciva silueta negra de Sexy, en las historietas. Contemplé, pensativo, la figura de la mujer misteriosa, envuelta en malla negra, casco negro y negro antifaz, moviéndose por los tejados felinamente, arma en mano. Matando con crueldad, atacando con sádica furia. Era el antihéroe por excelencia. Pero a la gente de hoy les gustan los antihéroes, no sé por qué. Allá ellos.

—Sexy Caí ha hecho famoso a Karpis en todo el mundo —objeté—. ¿Por qué no a usted, si fue su creador?

—Un robo —masculló—. Fue un robo. Existe la primera de las historietas de Sexy Cat, publicada por la Cadena Gold. Allí está mi firma, mi dibujo. Cometí un error; no registrar su propiedad. Karpis se adueñó de ello en su beneficio, y se fue de la Cadena Gold, empezando a editarlo con los Saint James, que ahora son sus editores oficiales.

—¿Y la Cadena Gold nunca protestó de ese robo?

—Nunca. Karpis compró las planchas y los ejemplares editados a un desaprensivo gerente que tuvo por entonces la Gold. La historieta primitiva y original de Sexy Cat desapareció, no sólo del mercado, sino también de los archivos de la Cadena Editora Gold. Y con todo ello, mi propio dibujo. No tengo pruebas legales contra Karpis.

—Vaya... —suspiré—. Y usted espera que, por doscientos dólares, yo encuentre todo eso y lo saque a la luz.

—Más o menos —convino, apurando el trago de ginebra de un golpe—. ¿No se ve capaz de ello?

—No soy Raffles ni Fantomas —dije, seco—. ¿Cómo diablos puedo conseguir algo así?

—Es cosa suya, Cash —me replicó con aspereza. Puso su mano extendida sobre la mesa—. Pero no vamos a pelear por ello. Si no se ve capaz, deme el dinero y olvide el asunto. No hablaremos más, amigo. Buscaré a otro detective barato, como usted. Y más decidido.

Dudé. De buena gana le hubiera metido a aquel borrachín fracasado sus billetes en la boca. Pero eran doscientos dólares. Yo debía ya ciento cuarenta de alquiler de oficina, y cincuenta de apartamento. Si pagaba al menos la mitad a cada uno de mis acreedores, estaba seguro de que aflojarían, y me dejarían continuar en ambos sitios, siquiera por un mes más. Por cien dólares salvaría mis apuros más perentorios. Y tendría para comer caliente unos días, echar gasolina a mi coche, e incluso comprarme una camisa nueva, que buena falta me estaba haciendo.

Eran demasiados intereses creados para decirle a aquel chiflado dibujante alcoholizado que no. Y por ello le dije en ese momento:

—Conforme. Acepto, Graham. Iré a ver lo que saco en limpio.

—Muévase bien, Cash —me exigió—. Si saca algo, la indemnización que sea, usted percibirá el treinta por ciento neto. Sería un buen negocio sacarle lo que yo creo justo que Karpis y los Saint James, sus editores, deben pagarnos.

—¿Qué cantidad considera usted justa? —indagué, incorporándome.

—Digamos que cincuenta mil serían una buena suma... —sonrió, sacudiendo la cabeza con pesimismo—. Pero no sueño siquiera con tanto. Si le dan diez mil, sería ya un éxito.

—En ese caso, serían tres mil para mí —comenté, sintiendo que la boca se me hacía agua.

—Eso es —me miró, incisivo. Añadió luego, tajante—: Si fracasa con Karpis y con los Saint James, aún nos quedará una posibilidad de sacar algo.

—¿Dónde? —quise saber.

—En la Independent Atlantic TV —dijo él, acerado.

—Ya —afirmé, pensativo—. Van a lanzar ahora la nueva serie de televisión con Sexy Cat... Lo leí en alguna parte. ¿Va por ahí usted, Graham?

—Eso es. Voy por ahí. Ellos no querrán escándalo. Ni tampoco Sugar Lane, la actriz que interpreta el papel de Sexy Cat, la asesina misteriosa y seductora de esas «tiras» que yo he creado, para lucro de un granuja como Karpis... Pagarán, seguro, si maneja usted bien el asunto.

—No le garantizo nada —musité, dirigiéndome a la salida—. Pero si algo queda en mí, Graham, es mi ética profesional. Usted no me gusta nada, pero es mi cliente. El asunto me da náuseas, pero es mi asunto ahora. Y nadie en Nueva York le defenderá sus derechos como yo voy a hacerlo en esta ocasión, Graham, puede estar bien seguro.

—Estoy seguro —dijo él seriamente, mirándome muy fijo, mientras

llenaba de nuevo su vaso de ginebra—. Por eso le llamé a usted, Mike Cash. Sabía que iba a responderme. Y no me pregunte por qué. \o sabría responderle a eso.

Dejé a Martin Graham con su botella de ginebra, su extraña fe en mí y su sueño de indemnizaciones.

Yo no sabía entonces que aquella primera vez que vi a mi cliente sería también la última.

Porque esa misma noche, Martin Graham murió.

Murió asesinado. Con una daga veneciana.

* * *

—¿Asesinado?

—Eso dije, Cash. Asesinado. Y usted estuvo en su casa hoy mismo, ¿no es cierto?

—Sí —admití, contemplando el cuerpo de Graham, que un agente cubría ya con una manta—. Estuve aquí. Era un cliente mío.

—¿Qué quería Graham de usted?

—Teniente, los asuntos entre un cliente y un profesional son siempre confidenciales, usted lo sabe.

—Mire, Cash, nos conocemos demasiado ambos —el teniente Kevin Cole, de Homicidios, arrugó el ceño, contemplándome sombrío—. Usted no es un brillante detective, que pueda andarse con arrogancias. Siempre anduvo metido en enredos de baja estofa. Y supongo que lo que pudiera tener en común con su cliente Graham no sería tampoco nada limpio ni honesto. De modo que hará mejor informándome de todo, antes de que empiece a pensar que usted es, por ahora, nuestro único sospechoso en este crimen.

—Está diciendo tonterías, teniente —me irrité—. No conocía a Graham hasta ayer, cuando me contrató.

—Le contrató, ¿para qué?

—Para un trabajo —eludí fríamente—. Y, desde luego, no tenía el menor motivo para hacerle ningún daño a Graham. Sólo le vi ayer, a primera hora de la tarde. Usted asegura que fue muerto por la noche. ..

—Así es —convino el teniente Cole—. El forense ha situado la hora de la muerte de Graham entre diez y once y media de la noche.

—No sé si tengo coartada para esa hora —sonreí—. Tendré que repasar mis actividades de este día...

—Será mejor que hable de sus asuntos con Graham, y no necesitará justificar sus horarios. Sólo le pido colaboración, ¿entiende? Está obligado a dármele. Como ciudadano, como detective privado de profesión... y como sospechoso de un crimen también. Eso es todo.

—¿Quién le dijo que yo visité a Graham? —pregunté tras una pausa,

hundiendo las manos en los bolsillos de mi pantalón.

—En la conserjería de este edificio toman cuidadosa nota de cuantos visitan a los ocupantes de los apartamentos —me explicó Cole—. Apenas vi su nombre en la lista de los visitantes de ayer, me pregunté qué podía haber en común entre un detective privado y un borrachín artista, olvidado de todos. Por eso le hice venir.

—Ya veo —paseé por la habitación desordenada, sucia, en cuyo centro aparecía el bulto del cuerpo sin vida, tapado por la manta. Me detuve ante ese bulto. Por debajo, fluía un largo reguero rojo oscuro, que se perdía bajo un mueble. Alcé la cabeza—. ¿Fue un arma blanca la que...?

—Sí —afirmó, rotundo, el teniente Cole—. Una daga. Una extraña daga, Cash. Según los expertos de mi departamento..., una daga veneciana.

—¿Veneciana? —musité—. ¿Por qué así?

—No lo sé. Nadie puede saberlo, salvo el asesino. Es un arma curiosa, medieval. Al menos fue acuchillado cinco veces. El asesino se aseguró bien de su muerte. Cash, concluyamos con todo esto. ¿Por qué le hizo llamar Graham? Una vez muerto él, no tiene sentido guardar el secreto profesional. En esa reunión de ustedes dos, en lo que aquí trataron ayer, puede estar la clave de su muerte.

—Lo dudo mucho —me encogí de hombros.

—¿Por qué?

—Porque hablamos de dibujo, de historietas...

—¿De qué? —masculló Cole, frunciendo el ceño.

—Historietas —dije, deteniéndome ahora junto a la puerta, bajo la cual alguien había echado el diario de la mañana, que nadie se pudo ocupar en leer, muerto el único ocupante del piso. Recogí el periódico, y abrí por la página penúltima, destinada a las «tiras» cómicas del día. La mostré a Cole—. Vea. De esa historieta, concretamente; la primera de todas.

—¿Sexy? —refunfuñó el teniente Cole.

—Sí, Sexy Cat, la enmascarada hermosa y asesina —sonreí, golpeando la «tira» de dibujos de Paul Karpis, dedicada al personaje ya popular, y trasladado a la televisión—. Graham aseguraba ser su creador. Como verás, nada que pueda relacionarse con un crimen.

—¿No? —Kevin Cole frunció el ceño. Estaba echando una ojeada perpleja a la «tira» de dibujos de Sexy. Luego, me tiró el periódico a las manos, diciendo con aspereza: ¿Ha leído usted el título de la serie actualmente en publicación, Cash?

Tomé el diario, sin entender. Busqué la «tira» de dibujos de Sexy.

Al leer el título, sí entendí.

—Sexy Cat en el episodio *La daga veneciana* —leí, aturdido.

Paul Karpis era lo más parecido a un sultán que yo había visto. Un sultán, con su harén y todo.

No sólo por su gordura fofa, su barba negra y recortada, sus ojos oscuros y centelleantes, y su aire Je potentado omnímodo, sino por la corte de bellezas que le rodeaba en el momento en que yo me planté ante él.

—Usted dirá, joven —habló con esa voz seca, desdeñosa, con que habitualmente se dirigen los superiores a quienes creen muy ínfimos a su lado—. Tengo el tiempo justo. Puedo concederle cinco minutos. Ni uno más.

Parecía realmente que sus minutos fueran de oro. Miré, pensativo, a las bellezas en su derredor, y sentí cierta envidia por no ser Paul Karpis, el famoso dibujante, y no el oscuro, mediocre y arruinado Mike Cash, detective privado de tercera fila, si es que aún no existía una cuarta fila en mi profesión, para adscribirme a ella.

Eran tres bombones de diverso estilo. Yo hubiera dicho, de ser un cínico, que eran un bombón de chocolate, uno de fresa y uno de miel. Como soy un cínico, pues dicho está.

El bombón de chocolate tenía esa indefinible mezcla exótica, propia de las razas en aleación. Poca cosa, pero algo había: pelo oscuro, sedoso, piel

bronceada, pero de matiz natural, y no por efectos solares. Vestía una ropa muy ajustada, compuesta por una blusa anudada y unos pantalones *bermudas*, todo ello de un color amarillo limón, muy en juego con el *beige* algo ocre de su piel sedosa. Chocolate de bombón, dulce y lechoso, sí señor.

La fresa era para la pelirroja, por similitud de color tal vez, como lo era la miel para el bomboncito rubio, de cabellos suaves, lacios, dorados, no sé si por los tintes o por obra y gracia de la más pura genética. Ojos verdes la pelirroja, ojos azules la rubia... y dos caritas de ensueño sobre aquel prodigio escultural de la bendita madre Naturaleza.

Contemplarlas, me llevó casi un minuto del precioso tiempo de oro del sultán Paul Karpis, creador de *Sexy Cat*, el personaje de moda en las «tiras» cómicas, en los *magazines* ilustrados, en los *fanzines* para expertos, en las páginas dominicales para toda la familia, y en ese extraño fenómeno para paranoicos y atrasados mentales llamado televisión.

—Me temo que está perdiendo lastimosamente el tiempo que le he concedido, señor Cash —manifestó secamente Paul Karpis, frunciendo el ceño.

— ¿Usted cree? —sonreí, irónico, volviendo a la realidad, desde aquel mundo de huríes plenas de lanío *sexy* como pudiera estarlo la propia heroína negativa y cruel, producida por el lápiz de Karpis, según Karpis, y por el de Martin Graham, según Martin Graham.

—Abrevie. Tengo mucha prisa, señor Cash —hablaba atropelladamente, como si cada palabra fuese un proyectil, y él una «Kelly» automática.

—Lo imagino —medité, sacando mis cigarrillos. Ofrecí uno a Karpis, que lo rechazó, rotundo. Hice igual con las chicas, y todas dijeron que no, excepto el bombón de fresa, la pelirroja de verdes ojos, que animó, tomando el cigarrillo. Se lo prendí, sintiendo el roce de sus dedos suaves, con uñas nacaradas y sumamente afiladas, por cierto. Ese roce me provocó un leve escalofrío, y eso que mi profesión me ha hecho bastante insensible a las caricias femeninas.

— ¿Qué es lo que tenía que decirme, de tanta importancia, relacionado con mi personaje *Sexy Cat*? —me espetó, impaciente, cerrando de golpe el guión que había estado hojeando al llegar yo, en aquel amplio despacho de los estudios de la IAT, o Independent Atlantic Televisión—. Hemos de iniciar los ensayos y rodaje de unas secuencias importantes para el programa piloto de ese mismo personaje, que pasado mañana por la noche estará en antena, y usted comprenderá que no puedo disponer de demasiado tiempo para perderlo en naderías.

—La muerte de un hombre no es una nadería, señor Karpis —repliqué.

— ¿Muerte? ¿De quién? —enarcó las cejas, algo hostil, mirándome.

—De Martin Graham, dibujante.

—Graham... —meditó, perplejo, como aturdido. Si fingía, era bastante

buen actor—. Oh, sí. El borrachín de Graham... Trabajamos juntos en alguna ocasión. Ya había dejado el dibujo. Totalmente. Creo que sólo tenía tiempo para beber ginebra. ¿De qué murió? ¿Alcoholismo, suicidio acaso...?

—Asesinato —suspiré—. Con una daga veneciana.

Karpis pegó un respingo. Repito; si fingía, era un excelente actor.

—Una daga veneciana... —musitó—. Asesinado... Es curioso...

—Muy curioso —asentí—. Como en sus historietas, Karpis.

La bella pelirroja, mi bombón fresa, fumaba en silencio mi cigarrillo. Ahora la oí comentar en voz baja:

—Mala suerte, Paul. Eso es mala suerte para el programa. Muere un hombre..., igual que en la historieta...

— ¡Calla, Sugar! —masculló Karpis. Y nunca me había parecido más apropiado el nombre de Sugar a una chica, aunque sólo fuese un apodo televisivo^{1}—. Eso son tonterías. No tiene sentido. Graham era un desecho humano, una piltrafa. Tenía que ocurrirle algo malo. Eso no tiene nada que ver con nosotros ni con el programa. Y no me explico, señor Cash, que usted venga a mí, precisamente ahora, a contarme todo eso. ¿Qué mil diablos me importa a mí lo que le sucediera a un desdichado como Martin Graham?

—Ese desdichado, según él, creó a Sexy Cat —dije.

No sé si debí decirlo o no. Lo que sé es que Karpis, boquiabierto, me miró como el que mira a un demente. Luego, desorbitando sus negros ojos fulgurantes, se limitó a manifestar, con un tono descompuesto:

— ¡Eso es absurdo! ¡El mayor disparate que jamás oí!... ¿Qué maldita mentira pudo contarle ese cerdo de Graham, para que usted venga ahora con semejante historia? Mi personaje está legalmente registrado, el New Comics Syndicate tiene mi total derecho sobre él, y cuanto se diga en contra no deja de ser una calumnia, una simple y vil injuria a mi persona y a mi obra.

—Yo no mencionaba el terreno legal —sonreí—. Solamente hablaba de Sexy Cat. Y de usted, señor Karpis. Graham afirmó que le robó usted la idea y el personaje. Y con él, la fama, el dinero y todo lo demás.

—Señor Cash... —se acercó a mí, enarbolando un recio puño que agité ante mi rostro, con énfasis—. ¡Le aseguro que, si me irrita, puedo ser un muy duro enemigo! ¡Y usted me está ofendiendo de un modo gravísimo!

—Lo lamento —suspiré—. No hablo por mí, sino por boca de Graham.

— ¿Y quién demonios era Graham, después de todo? —aulló él.

—Mi cliente —dije, apacible.

Se quedó estudiándome, boquiabierto. Era evidente que no le gustaba mi comentario. Ni tan siquiera el hecho de que Martin Graham hubiera sido cliente mío. Pero al menos a mí no podía culparme de eso. Y dudo mucho de que pudiera hacerlo con Graham, que ya estaría en la Morgue, a

estas horas.

—Vaya, ¿conque cliente suyo? —me estudió, hostil, agresivo casi—. Y usted es detective privado, según su tarjeta...

—Eso es —asentí—. Detective privado. Martin Graham me contrató.

— ¿Para qué?

—Para defender sus derechos. Para demostrar que él era el legítimo creador de Sexy Cat.

—Eso era una fantasía suya. Siempre fue un fracasado.

—Muchas veces, los fracasados lo fueron porque otros triunfaron con sus obras.

—En este caso, no. Sexy es mía. Es mi obra —dijo con orgullo, rotundo y altanero—. Pero aunque hubiera sido de otro modo, ¿de qué serviría ya todo eso? Graham ha muerto.

—Él me dio doscientos dólares, señor Karpis—repliqué—. Era mi contrato con él, por diez días. Y yo tomé ese dinero. Debo seguir defendiendo sus derechos, aunque esté muerto.

—Oh, acabáramos, ya entiendo —extrajo del bolsillo un talonario de cheques y una pluma. Se dispuso a llenar uno, con rapidez—. Abreviemos, amigo: ¿cuánto?

—Temo no entenderle... —dije, cauto.

—Está claro —me estudió, despectivo, a punto de escribir algo en el primer talón—. ¿La cifra? Si es razonable, la extenderé y firmaré. Podrá cobrarla inmediatamente. Y olvidará el asunto. Para siempre, claro. De otro modo, le demandaría.

—Es usted quien no me ha entendido —repliqué—. No quiero dinero. Cobré ya mis honorarios Durante diez días, soy cliente de un hombre: Martin Graham.

—Martin Graham está muerto —comenzó a escribir, y vi un uno—. Pongamos..., que escribo cuatro ceros detrás. Eso vino a buscar, ¿no? En realidad, mucho menos. Pero Paul Karpis gana dinero fácilmente. Paul Karpis es generoso. En un momento está su talón...

Lo llenó. Lo firmó. El tipo decía la verdad. Un uno y cuatro ceros. Diez mil dólares, al portador. Para cualquiera, una suma importante. Para mí, una fortuna.

Me lo entregó. Lo tomé, examinando su firma, tan famosa en los *cómics*, al final de su «tira» diaria, en la última viñeta justo. Nadie podría imitar aquel modo de escribir el nombre «Karpis».

—Dinero legal —admití, agitando el papelito verde. Luego, de repente, lo doblé. Y lo rompí. En cuatro, ocho, dieciséis pedazos. Justo ante sus ojos, repentinamente dilatados—. Lo siento, Karpis. No me vendo. Tengo otro cliente ya.

— ¡Su cliente está muerto! —gritó él, lívido—. ¡Y le dio sólo doscientos cochinos dólares, mientras que yo le doy cincuenta veces más! ¿Es que se

ha vuelto loco? ¡No pagaré ni un centavo más!

—Usted cree que todo se arregla con dinero —sacudí negativamente la cabeza—. Tengo mi propia ética, Karpis. Su dinero me da asco. Y usted también. Sigo estando al servicio de Graham. No hay dinero en el mundo capaz de comprar a Mike Cash. Ni todo el oro del Tesoro Nacional, esté seguro. Cuando tanto me paga, es porque algo teme. Me pregunto qué será...

— ¡Ciertamente, no es a usted a quien pueda temer, ni a cien sabuesos de la peor clase como lo es usted, basura de detective! —se enfureció Karpis, descompuesto.

—Cada vez me convence más —reí, irónico, moviéndome hacia la salida. Vi que la pelirroja Sugar, La famosa Sugar Lane de la televisión, que se decía iba a ser la heroína de la serie televisiva de la cruel Sexy Cat, me dirigía una mirada más o menos feroz, como la de la chica morena. En cambio, Martha Florea me dirigió una leve mueca, una sonrisa casi de simpatía, que pronto borró de su rostro, hasta hacerme dudar de que yo hubiera visto bien.

—Fuera, Cash... —jadeó el dibujante—. ¡Vamos, fuera de aquí en seguida!

Le miré. No dije nada. Se advertía en él la ira, el mal humor, la irritación y la antipatía contra mí.

—Muy bien —dije—. Ya me voy. Pero sigo pensando igual. Algo oculta usted, Karpis. No sé lo que ello sea, pero lo oculta. Y eso me basta. Nadie pagaría a una «basura de detective», nada menos que diez mil dólares..., sólo a cambio de abandonar un asunto que tan claramente puede usted zanjar pollo legal.

Karpis, ceñudo, me miró fijamente. Luego, consultó su reloj. Ya había agotado yo sus cinco preciosos minutos. Su harén privado permanecía tan expectante como él, pero en un papel por completo pasivo.

—No me gustan los tribunales —confesó, de mala gana—. Ni el escándalo, ni los periódicos sensacionalistas y todo eso. Estoy en vísperas de un gran triunfo mundial, con la televisión. Los filmes de Sexy, realizados por seres humanos, en TV, recorrerán el orbe. La IAT me paga unos derechos cuantiosos por mi personaje. No es cuestión de malograr todo eso, por una estúpida y adversa campaña. Estoy dispuesto a comprar su conformidad, pero sin que ello signifique otra cosa que mi repugnancia a llevar a terrenos legales cualquier cuestión. Nada más que eso, no me interprete mal, Cash. Si usted lo prefiere, ya que ha roto ese talón, iremos a los tribunales. Y usted saldrá perdiendo. Intentó hacerme víctima de un chantaje, de una vil coacción...

— ¿Chantaje yo? —reí entre dientes—. No creo que nadie afirme una cosa así.

— ¿No? —aulló Karpis. Se volvió a la hermosa morena—. ¡Tú le viste y

oíste actuar, Gail! ¡Intentó chantajearme con un asqueroso asunto sin sentido!

—Es cierto —dijo con frialdad sorprendente la broncínea hermosura a quien yo calificaba mentalmente como «bombón de chocolate»—. El intenta coaccionarte, cariño. Soy testigo.

—Usted miente —repliqué—. Gail, sea usted quien fuere..., miente. Y lo sabe.

—Somos dos contra uno —me mostró, sibilina, su rosada lengua desafiante, entre los nítidos dientes y los gruesos labios sensuales, de mujer mestiza, al tiempo que apoyaba, agresiva, sus manos en las ampulosas caderas—. ¿Qué dice ahora, sabueso?

Miré a la pelirroja, a «bombón de fresa» Sugar, esperando su inevitable respuesta en la cuestión. Casi me sorprendió al darla:

—Yo no diría tanto como Gail y el señor Karpis —admitió—. Usted no parece un chantajista. Y no pidió dinero. Es más, rompió un cheque por diez mil de los grandes. No todos hacen eso. No, no creo que venga a chantajear a nadie. Sólo trata de ser fiel a un pobre diablo llamado Graham.

— ¡Sugar, yo te elegí para el papel! —jadeó con ira Karpis—. ¿Qué mil diablos pretendes hacer, al apoyar a un desconocido?

—Lo siento, Karpis —suspiró ella—. Sólo pensaba en ser sincera...

—Y lo fuiste, Sugar —aceptó la rubia, mi bello «bombón de miel», de desconocido nombre—. Creo que este hombre no sólo no pretende coaccionar nadie, sino que rechaza el dinero del poderoso seño Paul Karpis.

— ¡Martha! —rugió Karpis, furioso—, ¡Te juego tu papel en la serie, si te pones contra mí!

—Lo siento, Paul —sonrió la rubia, dulcemente, sacudiendo su cabecita de miel hilada—. Sólo dije la verdad. Y la repetiré cuantas veces sea preciso. Soy una buena actriz. Me apoya la IAT, y también los productores del programa. Es lo bueno de no depender sólo de un buen físico. Si mañana mismo me quedara parálítica, saldría con una silla de ruedas ante las cámaras.

—Igual que Ironside —le recordó, sarcástica, la morena y venenosa Gail, que me estaba resultando un bombón de chocolate lleno de cianuro.

—Pero más atractiva y esbelta, preciosa —le explicó Martha, incisiva—. Esa es la diferencia... Vamos, señor Cash. Le acompañaré a la salida, si quiere. Aquí no ganará nada, salvo escuchar estupideces u obscenidades. Paul Karpis y sus chicas son así

—Gracias, bombón de miel —sonreí, aliviado. Guiñé el ojo a Karpis, al salir—. Recuerde, amigo. Ya somos dos contra dos... y una neutral, que es bella actriz Sugar Lane, la famosa pelirroja de TV... Claro que su testimonio nunca sería demasiado convincente para un juez, ¿no cree?

—Seguro que no —rió la rubia Martha, acompañándome al exterior—. Ni tampoco el de Gail Cristal, la amante de turno del gran Paul Karpis, estoy seguro. En cambio, Martha Florea, la única actriz verdadera entre esta turba de advenedizos, puede ser un firme apoyo, si llega el caso. Incluso ante un juez y un jurado...

—Un firme apoyo... ¿Por qué, Martha Florea?

— ¿Por qué? —sonrió ella, desdeñosa.

—Sí. No me conoce de nada. No sabe quién soy. Y me ayuda de repente.

—Conozco a Paul Karpis y su corte de aduladores. Eso me basta.

—Nunca llegará a nada, si se indispone con los grandes —le advertí.

—Nunca he llegado a nada, y eso que soy la única actriz auténtica en esta emisora, que no necesita exhibirse para convencer al público —se quejó ella—. Martha Florea, actriz. Un día, pensé que era suficiente. Ahora sé que no vale nada. La chica esa Gail Cristal, de origen confuso, con mezcla de razas, pero llena de atractivos físicos, y sin escrúpulo alguno sobre su ser, es la amiguita de Karpis. Él le da dinero a espuertas. En cuanto a Sugar Lane, la pelirroja... como actriz es un desastre. Pero también sabe lucir sus encantos. Y ahora, ella es Sexy Cat, en vez de serlo Velda Lynn.

— ¿Velda Lynn? —Silbé entre dientes—. ¿Otra mujer?

—La verdadera Sexy Cat —afirmó, rotunda, la rubia Martha Florea.

— ¿La verdadera? —dudé—. Recuerdo que Sexy Cat es una mujer

enmascarada, una asesina cruel, ladrona y estafadora, una oportunista, que no se detiene ante nada, que roba y mata sin escrúpulos, movida por su simple codicia... Pero es sólo el personaje de un *Comic*, de una historieta, no mi ente de carne y hueso...

—Paul Karpis es un dibujante mediocre. Copia bien, pero no crea —dijo ella, despectiva—. Para dibujar a su hermosa y fantástica Sexy Cat, necesitó un modelo, que el sindicato le proporcionó en su Departamento Artístico. Una chica real, de carne y hueso: ella era Velda Lynn, una maniquí muy atractiva y bien formada. Durante años, ha sido el modelo real de los dibujos de Karpis⁽²⁾.

—Entiendo. Y ahora, ella...

—Ahora, ella ha sido desplazada por una nueva figura femenina, cuando esperaba, al fin, ser algo más que un maniquí de dibujantes. Karpis pudo elegirla a ella para el papel, pero optó por Sugar Lane.

— ¿Por qué motivos?

—No sé —se encogió ella de hombros—. Unos dicen que por imposición de los Saint James, el matrimonio editor de las «tiras» cómicas de Paul. Otros... aseguran que el propio Karpis tuvo influencia en ello, y la escogió personalmente.

— ¿Alguna razón especial?

—Se puede suponer —suspiró Martha Florea—. Sugar es... muy atractiva. Y asequible a los que la protegen en su carrera...

—Entiendo —asentí—. Pero Gail...

—Gail Cristal no lo ha advertido aún. Eso es lo que creo.

—Ya. Marta...—Me incliné hacia ella—, ¿por qué me está usted contando todo eso? Sigo sin ser para usted más que un desconocido, un vulgar detective privado...

—No sé si es un granuja o no, Cash.

—Lo soy, palabra.

—Pero de cualquier modo, habló de algo hermoso: su fidelidad a un hombre muerto.

—Karpis tuvo razón en algo: era un borrachín, un fracasado. Graham tal vez nunca creó cosa alguna que valiera la pena. He conocido a muchos envidiosos artistas, que se atribuyen las grandes obras ajenas. El pudo ser uno de tantos.

—Pero usted está defendiéndole.

—Bueno, él me pagó...

—Doscientos dólares solamente —me sonrió la rubia Martha, poniendo una de sus suaves manos sobre las mías, extendidas en el mantel de la cafetería del gran edificio de la Independent Atlantic Televisión—. ¿Por esa suma defiende la memoria de un muerto?

—Era mi cliente —afirmé—. Lo será durante diez días. Y hoy es el primero de todos...

—Cash, admiro su fidelidad. Poca gente hubiera rechazado diez mil en la mano, como hizo usted con Karpis.

—Tal vez no sea ningún santo —avisé, malicioso. Me incliné hacia ella—. ¿Se ha dado cuenta de que cuando un hombre ofrece tan fácilmente a otro una suma como ésa, es porque hay algo sucio en juego, cuyo valor, al menos, cuadruplica la suma ofrecida?

—No, no lo había pensado —me miró de hito en hito—. ¿Usted espera sacar aún más?

—Me gustaría no defraudarla —reí—. Pero sí. Espero sacar más. Mucho más..., aunque siendo leal a Martin Graham, al menos durante diez días.

Ella me miró. Y creo que no supo qué decir. Pero se puso en pie, y yo también. Dejé dinero sobre la mesa, para pagar nuestras consumiciones, y yo seguí hasta la salida del edificio, donde ella llamo a un taxi. Antes de alejarse con él, me miró abierta, casi lealmente. Y me dijo algo sorprendente:

—Cash, no sé si es un gran sinvergüenza, un cínico fanfarrón... o solamente un hombre absurdamente honrado. De cualquier modo, me gustaría saber lo que es. Quiero verle y hablarle de algo que me preocupa.

— ¿Usted quiere verme a mí? —reí—. Ya me está viendo ahora.

—No, no es ahora. Es después de hablar con ciertas personas... —sus ojos azules, profundos y fríos, me estudiaban fijamente—. ¿Sabe que soy muy amiga de Candice?

— ¿Candice? —pestañeeé, sorprendido—. ¿Otra mujer? ¿Quién es, ahora?

—Candice Glove. Era su nombre de soltera. Lo es de divorciada. En realidad, es la señora Candice Karpis.

—La esposa de Paul Karpis...

—Ex esposa —me rectificó—. Se divorció, y está liado con Gail, sin casarse con ella. Candice es una dama. Fue actriz hace años. Nos conocemos. Quiero hablar con ella de Karpis. El creó a Sexy Cat, su famoso y millonario personaje, cuando aún eran marido y mujer. ¿Qué le parece si nos vemos más tarde usted y yo?

— ¿Más tarde? —miré mi reloj. Ya era tarde—. Son las ocho de la noche, Martha...

—A las once de la noche, estaré en mi apartamento —dijo, tendiéndome una tarjeta extraída de su bolso de piel, color café—. No falte. Ahí tiene las señas. Mañana grabamos el programa piloto de Sexy Cat y *La viuda negra*, el primer episodio televisado de la serie, que se exhibirá pasado mañana. Debo madrugar. Si a las once y quince minutos no ha venido, no lo haga ya. No le abriría por nada del mundo. También las actrices dormimos, ¿sabe?

—Nunca lo he dudado... sobre todo, si son actrices —dije, cortés, mirándola—. Estaré a las once. Ni un minuto más tarde, Martha.

Y cuando se alejó en el taxi, me dije que había sido muy oportuno, ganando la acción al propio teniente Cole, de Homicidios, con una cita a los Estudios de la IAT, apenas me hube informado de los datos referentes a la muerte de Graham y las «tiras» cómicas de la erótica y nada moralizadora Sexy Cat, la hermosa asesina que Karpis convirtiera en heroína de sus historietas, mundialmente famosas.

Justo cuando me alejaba, camino de mi propio coche, vi pararse, en la esquina del edificio de la televisión, al inconfundible coche patrulla del teniente Cole. Sonreí para mis adentros, y procuré distanciarme lo más posible.

* * *

Estaba puesto el disco en el plato. La música estereofónica se difundía, suave, tenuemente, por el apartamento de Martha Florea.

Había luces tamizadas, un mostrador-bar, con tres taburetes de níquel y tapizado muelle, una pecera, un mueble-librería con televisión, libros y adornos heterogéneos, un mobiliario moderno, pero confortable, acorde con la decoración del lugar.

Me gustó el sitio, pero no me gustó que tuviera la puerta abierta. Era demasiado fácil entrar allí. Y eran ya las once de la noche. En punto. Por si había alguna duda, en alguna parte de la ciudad, no lejos de allí, oí repicar las campanas de alguna iglesia.

—Puntual —dije en voz alta, aunque suave—. No tendrá queja de mí...

Martha Florea no demostró, en principio, tenerla. Pero tampoco me acogía con gritos de entusiasmo y felicitación. Evidentemente, no se daba por enterada de que yo estaba allí.

Tras la puerta abierta del apartamento, solamente había música en estéreo, melosa y dulzona. Un disco bailable, sin gran relieve ni interés, pero capaz de dar ambiente a la cita nocturna entre un hombre y una mujer. Martha Florea, mi bombón de miel, podía llevarme diez años. Eso, en una actriz bien cuidada, no es gran cosa. Sobre todo, si uno, a sus veintiocho años, demuestra tener al menos treinta y cinco.

El conserje del edificio me había dicho que subiera. Me esperaba. Martha Florea había dejado el encargo: El señor Cash, Mike Cash, puede subir, pero no más tarde de las once y quince. Yo había cumplido. Y subí.

Pero era como si nada. Martha no me recibía con los brazos abiertos y un *deshabillé* vaporoso, mezclando combinados y diciéndome: «Hola, querido», con aquella melosa voz suya, cálida y sugerente.

Crucé el *living*, la cocina y una habitación, sin encontrar nada. Solamente cuando alcancé otro dormitorio, con las luces encendidas, descubrí a Martha Florea.

Estaba allí. Con su *deshabillé*, color verde manzana.

Me hubiera saludado, cuando menos, de estar viva.

Pero Martha Florea estaba muerta.

Mi bombón de miel no tenía ni un soplo de vida. Me acerqué. Parecía dormir, pero su color era sospechoso. Pulsé su brazo caído, y no había pulso. Toqué su prominente seno izquierdo, y no había palpitaciones. Alcé sus párpados, y vi sus ojos vidriados. Tenía ya la piel algo fría, entre otras cosas porque el balcón estaba abierto, y la brisa nocturna de Manhattan, húmeda y fresca, agitaba las cortinas livianas, el *deshabillé* verde manzana, los cabellos color miel...

Muerta.

Sentí repugnancia y retrocedí.

Aplastada de un manotazo, pero todavía aferrada a la herida mortal de aquel cuerpo envidiable, aparecía la figura repulsiva, mortífera y maligna de una araña no demasiado grande ni peluda, pero sí temible en cualquier lugar del mundo.

Una viuda negra.

— ¡Una viuda negra! ¿Y qué mil diablos podemos tener nosotros que ver con eso?

Miré a mis interlocutores. Me encogí de hombros.

—No sé —dije—. El programa de televisión empieza mañana. El primer episodio es *Sexy Cat* y *La viuda negra*. Se publicó hace ya algún tiempo, como historieta, por esta misma empresa editorial. Ahora, está terminando la publicación del episodio *La daga veneciana*. Y un hombre, Martin Graham, que se atribuye la paternidad de *Sexy*, muere con una daga veneciana. Curioso, ¿no?

— ¿Curioso? ¡Yo diría que es ridículo!

Era él quien había hablado, con violencia casi. El: Cameron Saint James, editor. Y, por más señas, editor actual de *Sexy Cat*, el personaje de moda.

—La muerte puede ser cualquier cosa, menos ridícula —le recordé fríamente.

—El señor Cash tiene razón, querido —le calmó suavemente la voz melosa, profunda y grave, de su esposa, Lizabeth Saint James, cuyos ojos pardos destellaron tras los vidrios de sus modernas, estilizadas gafas de

montura plateada, por completo amoldadas a su serena e intelectual belleza—. Han muerto dos personas en poco tiempo. Y ambas, con una rara similitud a los episodios de Sexy Cat. Es lógico que se investigue eso.

—Pero él no es la policía —me señaló el editor Saint James, con cierto desprecio, poniendo un duro gesto bajo el blanco, ondulado, cuidado cabello que nimbaba su rostro con algo entre venerable y patriarcal.

—Es un detective, después de todo —señaló ella, calmosa. Me sonrió, como una mujer inteligente y calculadora puede hacerlo, sobre todo cuando sabe que su sonrisa da a su rostro un especial atractivo—. Debe disculpar a Cameron. Mi esposo lleva un rudo peso sobre sus espaldas. Dirigir una editorial como la nuestra, con una popularidad y un prestigio ganado a pulso, no es cosa sencilla, puede creerme. Sus nervios no siempre están lo suficientemente templados.

—Lo comprendo bien, señora —dije, tan cortés como ella misma—. No pretendo molestar a nadie. Sólo busco la razón de que dos asesinatos hayan sido cometidos utilizando procedimientos que en sus historietas utilizó ya Sexy Cat.

—Si pretende acusar a alguien de eso, tendrá que ser a la propia Sexy Cat —dijo con sarcasmo Cameron Saint James, enarcando sus canosas y bien dibujadas cejas.

— ¿Por qué no? —le miré, muy fijo—. Sí, pudiera ser muy bien así. Sexy Cat, la heroína negativa de una época que busca sus héroes en el crimen y en la violencia... convertida en asesina verdadera. Del *comic* a la vida real. Muy sugerente, señor Saint James. Sobre todo, como publicidad para su empresa.

—Ahora soy yo quien considera ridícula la idea —suspiró Lizabeth Saint James, sacudiendo su cabeza, de cabellos color caoba oscuro—. Sexy es un personaje imaginario, un criminal de papel. Nadie cobra vida, saltando de un *comic* a la vida real, para matar a la gente.

—Sin embargo, está sucediendo así —señalé—. Créame, señora Saint James; he hablado con el Museo de Armas de Nueva York, y no es nada fácil obtener una daga veneciana. Allí existen dos, pero ninguna desapareció aún. En cuanto a una viuda negra, puede hallarse en el sudoeste de Estados Unidos, pero no es tarea sencilla traer una a Nueva York, e introducirla en el apartamento de una dama.

—Eso hicieron, no obstante.

—Sí, eso hicieron —mascullé, malhumorado—. Primero, matan a Martin Graham, un fracasado artista que se atribuye la paternidad de Sexy Cat. Luego, a una mujer, Martha Florea, que desea hablarme de algo que ella conoce, y me cita en su apartamento, de noche. Cuando llego, está muerta.

Mordida por una viuda negra...

—No tiene sentido —musitó Lizabeth Saint James, tocándose,

pensativa, el armazón niquelado y moderno de sus elegantes gafas—. Ningún sentido, señor Cash.

—Exacto. Ningún sentido. Pero ha ocurrido. Y, por tanto, en alguna parte está ese sentido que nosotros no vemos, señora.

— ¿Qué dice la policía a todo esto? —terció bruscamente Cameron Saint James.

—Más o menos lo que yo —dije, evasivo, sin mencionarle que, por lo que a mí se refería, aún no tenía noticias directas de lo que la policía pudiera opinar sobre lo ocurrido a Martha, ya que era cosa aún no informada al teniente Cole, de Homicidios, salvo por una llamada telefónica anónima, que me ocupé en hacer a su Departamento.

—Sí, entiendo —Cameron Saint James paseó, entre los muros de la singular oficina, convertida en una alucinante ampliación de una «tira» de sus *comics*, con enormes dibujos de Sexy Cat, en unos muros y otros, a base de enormes reproducciones gigantes de las viñetas de aquella historieta millonaria. Me quedé mirando la figura elástica, esbelta, toda enfundada en negro, de la hermosa asesina, imaginada por el lápiz de Karpis, en una de sus perversa posturas, frente a una víctima a quien estaba a punto de liquidar con un fusil submarino. Entretanto, iba oyendo las palabras hoscas del editor Saint James como algo lejano e incongruente—: Señor Cash, creo que, pese a todo, una publicidad así por mi heroína sería tremendamente negativa. Y haría fracasar mi programa televisivo y, posiblemente, las mismas «tiras» de los periódicos.

—Yo no estoy tan conforme con eso —repliqué— La gente gusta de ciertos detalles morbosos. Los asesinos escriben sus memorias antes de ir a la cámara de gas o a la silla eléctrica, y las venden. Sexy Cat era ya un personaje famoso. Lo será más, en cuanto los reporteros empiecen a relacionar un asunto con otro, y desempolven la historia completa de Sexy Cat.

—Señor Cash, el programa de televisión entra en todos los hogares, y va a patrocinarlo una entidad comercial que, asustada seguramente por la posible reacción de las amas de casa y de las familias honestas, puede dar marcha atrás y retirar el espacio televisivo definitivamente, si es que no lo hace el Código de Moral o la propia IAT. ¿Cree que nos beneficia, en tal caso, esta desagradable coincidencia de hechos? Más bien parece todo creado por alguien que nos odie a nosotros, a Karpis o a la propia Sexy Cat como personaje de una época, que, desgraciadamente, se olvidó ya de los caballeros andantes y de las damas desvalidas.

—Alguien que les odie... —medité, frunciendo el ceño—. ¿Quién, por ejemplo?

—Hay tanta gente que puede odiamos a nosotros, a nuestra empresa o a Karpis... —terminó Lizabeth Saint James, encogiéndose de hombros—. Las pasiones humanas no tienen límite. Y la envidia es la peor de ellas.

— ¿Se refiere, por ejemplo, a la Cadena Gold? —dije ingenuamente.

Ambos dieron un leve respingo. Se miraron, sobresaltados.

—Bueno, no conviene personalizar... —me escudriñó Cameron Saint James, algo irritado—. ¿Por qué ha mencionado usted a esa cadena editora?

—Recordé que la Cadena Gold se ocupó inicialmente de publicar esa historieta. Karpis rompió luego con la editora, y firmó contrato con ustedes. Eso debió suponer para la Cadena Gold una pérdida aproximada de seis o siete millones de dólares...

—Parece usted muy enterado de todos los detalles editoriales —me indicó secamente Lizabeth Saint James. Sus pardas pupilas brillaban tras los lentes.

—Es mi trabajo. Cobro por eso. Y vivo de eso. Mal, pero vivo.

—Debería saber también que el editor de la Cadena Gold ya murió —me hizo notar con frialdad Cameron Saint James—. Y que es ahora su viuda quien dirige la entidad, con bastante poca fortuna, por cierto.

— ¿Otra dama por medio? —suspiré—. Hay muchas mujeres en este asunto...

—La propia Sexy Cat lo es —rió entre dientes, con cierta malicia, la elegante y muy atractiva señora Saint James, apoyándose, no sé si por azar o intencionadamente, justo en el cuerpo elástico y ceñido del personaje reproducido en los muros. Y me sorprendió su semejanza de silueta, dado que la señora Saint James vestía un sobrio traje negro sin ningún adorno, aparte de que su cuerpo era también esbelto y elástico.

—Cierto —admití, risueño—. También ella lo es... aunque de papel.

—No siempre fue de papel —me indicó Cameron—. Los dibujantes usan modelos reales en muchas de sus obras. Sexy Cat está tomada fielmente de una mujer auténtica, aunque nada tenga ella que ver con Sexy Cat, sino en lo puramente físico.

—Lo recuerdo —asentí—. Una modelo del sindicato: Velda Lynn.

—Eso es —sonrió Lizabeth Saint James—. No parece necesitar mucho de nuestra información. Usted y hizo averiguaciones por ahí, a lo que veo.

—Nunca son suficientes —medité, frotándome el mentón—. Confidencialmente, señores: ¿pudo Karpis robar la idea a otro? ¿Pudo ser Martin Graham el creador de Sexy?

—Rotundamente, no —rechazó Cameron, de mal humor.

—Yo no lo diría con tanta seguridad, cariño —habló su mujer, melosa. Me miró, golpeando suavemente con la punta de un lápiz metálico sobre una mesa inmediata—. ¿Qué sabemos nosotros de esa historia? Graham fue un dibujante de talento, pero ahogado en alcohol. Pudo crear algo que Karpis le quitara, ¿por qué no? Pero si fue así, nunca tuvimos la menor idea de ello.

— ¿Por qué no va y se lo pregunta usted al propio Karpis? —masculló

Cameron, de mala gana.

—Ya lo hice —reí entre dientes—. No le gustó nada que lo hiciera. Y eso que fue antes de que mataran a Martha Florea...

—Mucho me temo, señor Cash, que a nosotros tampoco nos guste demasiado hablar de ese asunto —me avisó con frialdad Cameron Saint James—. De modo que si no tiene más que preguntarnos...

—Un momento —corté, alzando la mano—. Me gustaría ver a Velda Lynn, la antigua modelo de Karpis para su Sexy Cat. ¿Dónde puedo dar con ella?

—Vaya al sindicato —se encogió de hombros Saint James—. Ellos se lo dirán. Liza, querida, debo irme. Aún he de ocuparme de esa nueva edición de *La familia Brown*, y...

—Sí, claro, querido —suspiró ella—. Yete ya. Yo despediré al señor Cash...

Cameron Saint James nos dejó, sin duda muy aliviado. Lizabeth se sentó en el borde de una de las bruñidas mesas de metal y vidrio oscuro, cruzándose de piernas. Su vestido dejó ver lo suficiente de éstas, como para comprobar lo bien formada que estaba la dama.

—Bien, señor Cash —dijo ella, apacible—. ¿Algo más?

—Usted habló antes de la viuda que dirige la Cadena Gold, señora Saint James —hablé entre dientes—. ¿Quién es ella?

—Una dama muy rica. Y muy dura de carácter. Se llama Diana Sheen, viuda de Malcolm Sheen, el gran editor que alzó el imperio de la Gold. Es una mujer amargada e implacable. Tanto por la marcha negativa de su empresa, como por la hija que tuvo con Malcolm Sheen, que sufre de polio, y está siempre recluida en casa, moviéndose con mucha torpeza, salvo cuando toma su silla de ruedas. La muchacha tiene ahora unos dieciséis años, pero aparenta trece o catorce.

—Vaya... —moví la cabeza—. ¿No se llevan ustedes bien? Me refiero a sus empresas...

—No podemos llevamos bien —sonó seca la voz de Lizabeth Saint James—. Nos declaró la guerra con lo de Karpis, como si nosotrosuviéramos la culpa. Ellos debieron retener a Karpis con un contrato en firme, no dejarle ir. Paul Karpis dista mucho de ser una persona honrada, pero no faltó a ningún compromiso escrito, cuando se vino con nosotros.

— ¿Y... a algún compromiso verbal, señora Saint James? —puntalicé.

—No sé —me cortó ella, glacial—. Eso ya no es rosa mía, sino del señor Karpis y su propia ética personal. No puedo meterme en la palabra ajena. Y la ley, tampoco.

—Sí, así me lo imaginaba —suspiré—. Hoy en día, la palabra dada vale poco ante un contrato firmado... Y Paul Karpis sería el último hombre en el mundo en cuya palabra yo llegase a confiar, señora Saint James. Gracias por todo. Creo que seguiré buscando...

— ¿A Sexy Cat, fuera de las viñetas impresas? —sonrió ella, incorporándose y yendo hacia mí, con tanta felinidad como pudiera hacerlo la propia Sexy.

—Podiera ser —dije. Y la contemplé descaradamente, siguiendo la sinuosidad de sus suaves curvas con gesto crítico—. O solamente a una mujer con sexy..., pero sin Cat.

— ¿Como yo, por ejemplo? —me desafió, entreabriendo sus labios burlones, muy cerca de mí, erguida y arrogante.

—Como usted, por ejemplo —convine.

Y sin apenas saber cómo, la tuve en mis brazos. Y su boca contra la mía.

Cuando nos separamos, ella jadeó fuerte, tomando aliento. Yo me limpié de *rouge* los labios. Nos miramos.

—Yo no soy una asesina —me aseguré—. No haría daño a nadie, Cash.

—Es posible —admití, cínico—. Al menos, a mí no me hizo ningún daño, palabra.

—Vuelva por aquí —ronroneó—. Me gustaría verlo de cuando en cuando. Si no, búsqume en el Derby Club. Está en la calle Cuarenta y Dos. Acostumbro a ir muchos días, al caer la tarde...

—Nos veremos —asentí—. La caída de la tarde un momento particularmente sugestivo para mí, señora Saint James.

—Hasta pronto —me llevó a la puerta, oprimió mi brazo y besó mi mejilla primero, y mi boca después—. Me gusta usted, Cash. No deje de ir por allá.

Y llámeme Liz. Me gusta así.

—Hasta pronto, Liz —dije.

Y cuando la puerta se cerró tras de mí, me pregunté si había hecho una conquista, o había caído en las redes de una mujer muy lista.

* * *

Sí, estaba en el sindicato. En el Departamento de Modelos.

Esperé a que un dibujante mediocre copiara su figura, para una historieta sobre un personaje bastante parecido a Barbarella, en un decorado de tipo futurista. Luego, cuando Velda Lynn se echó una capa de nilón, fui hacia ella.

—Soy Mike Cash —dije, tendiendo mi mano.

—Y yo, Velda Lynn —ella estrechó mi mano con desgana. Me miró; tenía ojos color ámbar, cabellos de un rublo suave, algo apagado, una boca carnosa, y un modo de andar felino, que inmediatamente me hizo pensar en el personaje de ficción para el cual posara ante Karpis, tiempo atrás—. ¿Un nuevo dibujante?

—No —reí—. Detective privado.

Se puso en guardia en seguida. Retiró su mano como si mi brazo fuese un áspid. Sus ojos no revelaron la menor confianza ni entusiasmo hacia mí.

— ¿Ah, sí? —masculló—. Yo no tengo nada que ver con detectives. No tengo líos. Si le ha enviado alguna esposa celosa, díglele que yo...

—No me envía ninguna esposa celosa —reí—. Supongo que usted saldrá con muchos hombres casados, importantes en este mundo. Como cualquier modelo. Es asunto suyo, no mío.

—No va a convencerme con eso. Yo no me fío de nadie, señor Cash.

—Hace bien. Esta ciudad es una jungla. El mundo entero lo es. Hay que vivir alerta contra las dentelladas de muchos enemigos emboscados...

—Sigue sin convencerme. ¿Adónde quiere ir a parar, señor Cash? —caminó presurosa, entre decorados diversos, modelos de ambos sexos, ataviados para posar ante los dibujantes del sindicato—. Es mi hora del almuerzo, y me gustaría almorzar sola. Es una costumbre.

—La dejaré en seguida —suspiré—. Sólo la acompañaré al *snack* de abajo, y me iré, señorita Lynn, palabra. Quería conocerla, cambiar impresiones con usted...

— ¿Sobre qué?

—Sobre Sexy Cat —le espeté.

Estábamos ya en el corredor exterior del Departamento de Modelos, rumbo hacia los ascensores. Se detuvo en seco. Me miró. No sé si se estremeció, pero me dio esa impresión. Y sus ojos eran insondables y hostiles al fijarse en mí. Estaba sorprendida. O lo parecía. O lo fingía.

— ¿Sexy Cat? —dijo. Se encogió de hombros—. Es un personaje muy popular. Pero no yo, aunque serví de modelo para él.

— ¿Con Martin Graham o con Karpis? —indagué.

— ¿Graham? —ella enarcó sus cejas, sorprendida—. ¿Aquel viejo borrachín? Cielos, no. Creo que hace siglos que no dibuja ya nada.

—No, dibujaba —rectifiqué, suave—. Ha muerto.

—Oh, no sabía... —movió la cabeza—. Bueno, no le conocí bien jamás. Aun así, siempre se siente que muera alguien.

—Sí, claro. De modo que posó para Karpis.

—El hijo de perra... —silabeó entre dientes. Y añadió en voz alta—: Para él, sí. Es el creador de Sexy Cat.

—Pero usted le dio vida al personaje para su lápiz, ¿no?

—Yo doy vida a muchos seres ficticios —se encogió de hombros, apática—. Luego, se hacen populares. Pero yo, jamás. Pude haber sido famosa ahora. Y ese cerdo de Karpis, en vez de escogerme a mí, optó por una chica que le cae bien: Sugar Lane, una *starlett* mediocre.

—Conozco a Sugar —sonreía, recordando a mi bombón de fresa—. Pero no entiendo por qué Karpis la escogió a ella. Usted..., usted no tiene nada que envidiar a Sugar ni a ninguna, señorita Lynn.

—Gracias —dijo tristemente, y me miró con mayor simpatía—. El

sindicato me había propuesto para el papel. También la televisión me aceptaba, pensando que yo di auténtica vida a una Sexy Cat que, en su inicio, distaba mucho de ser como cuando yo posé para las «tiras», a raíz de editarlas los Saint James y no la Cadena Gold.

—Entiendo —asentí—. Sexy ya existía, antes de posar usted para Karpis...

—Pero muy diferente. Era igual en la indumentaria de mujer-gato. Sólo que no tenía auténtico sexy, ya me entiende —y para hacerse entender, puso sus brazos en jarras, por el procedimiento de abrir su capa de nilón, dejando ver sus formas en tensión—. Era una criatura híbrida, mediocre, que no sugería erotismo, ni atracción alguna física. Yo le di lodo eso. Y ahora... Sugar Lane hará el papel en la televisión.

—Por culpa de Karpis, ¿no?

—Totalmente. El impuso a Sugar. Es su amiguita de turno.

— ¿Sí? —enarqué las cejas—. Creí que lo era una morena impresionante, Gail Cristal.

—Esa es su amante oficial. Pero no le durará ya mucho. Sugar tiene todas las ventajas a su favor para suplirla, estoy segura. Y todos lo están conmigo.

—Entiendo. En tomo a Sexy Cat, hay una gran cantidad de mujeres en danza... —reflexioné en voz alta. Habíamos llegado abajo, a la puerta vidriera del *snack* del Sindicato de Dibujantes e Ilustradores. Me dispuse a separarme de ella—. Bien, señorita Lynn, creo que eso es todo. No la molesto más.

—Perdone por lo de antes —me miró, con más cordialidad—. Creí que venía de parte de alguna esposa... Es un problema que se me presentó otras veces, usted conoce mi profesión. Puede entrar y almorzar conmigo, señor Cash.

—Gracias —consulté mi reloj—. Creo que sí lo haré.

—Podremos seguir charlando, entonces —me estudiaba, curiosa—. ¿Por qué me hace todas estas preguntas, en realidad?

—Porque parece que Sexy Cat ha cobrado vida —dije seriamente—. Y está matando gente por ahí...

Ella me miró, atónita. Pareció como si un horror imposible asomara ante sus ojos dilatados. Se arrebujó, estremecida, en su envoltura de nilón translúcido.

—Dios mío... —gimió—. Eso será una broma, ¿no?

—No, señorita Lynn. No es una broma. Mataron ya a dos personas. Y no sé si fue Sexy Cat o no. Lo que sí sé es que este caballero se va a venir conmigo ahora mismo.

Nos volvimos con sobresalto. Ciertamente, no era yo quien había hablado. El teniente Kevin Cole estaba tras nosotros. Y su aspecto era de muy pocos amigos.

Encendí un cigarrillo, con indolencia. Di unos pasos, por el despacho.

— ¿Cree que eso estuvo correcto, teniente? —quise saber.

Cole me miró de hito en hito, soltando un resoplido, y dejó de anotar cosas en los papeles extendidos ante sí, con desorden sobre su mesa de trastajo.

—Lo correcto hubiera sido esposarle y traerlo aquí entre dos agentes —me replicó, con acritud.

—No veo la razón —confesé, encogiéndome de hombros.

—Ah, ¿no ve la razón? —se exasperó, poniéndose en pie de un salto—. ¡Usted acude a la vivienda de dos personas que son: asesinadas, por medios extraños apenas usted las visita, y resulta, que no existe razón para traerlo, aquí!

—Yo no las maté, teniente.

—No sé si lo hizo o, no, pero lo que sí puedo afirmar es que, como mínimo, conocía, ambos hechos, y el segundo crimen lo conoció antes que nadie, limitándose a desaparecer de su escenario, sin dejar rastro ni informar a la policía:.

—Telefonéé para que fuesen al apartamento, de Martha Florea,

teniente.

— ¡Lo que hizo fue una simple llamada anónima, sin un solo detalle más! —se enfureció el policía—.

Y usted, un presunto testigo de importancia, se nos desvanece, dedicándose a investigar por su cuenta y riesgo, y metiendo las narices en todo, como si fuese un policía oficial y no un maldito aficionado, un sabueso privado a quien de un solo golpe puedo quitarle la licencia, e incluso encerrarle en una celda.

—Sólo pretendía saber la verdad sobre Sexy Cat, teniente —me quejé—. Graham me pagó y...

—Oh, claro, claro. Graham le pagó, es su cliente, y usted hace todo eso por Graham. Mire, Cash, a mí no me engaña usted, ni ninguno de los de su especie. En este asunto hay dinero en danza. Mucho dinero.

Y usted lo ha olfateado en seguida, dedicándose a buscarlo por todos los medios. Respecto a su lealtad con un cliente muerto, me suena a cuento de niños.

—Es terrible ver que la gente no confía ya en la honradez de sus semejantes —me quejé.

—Lo que no confío es en la honradez de los detectives privados —refunfuñó Cole—. ¡Y menos que de ninguno, en la de usted!

—Es injusto conmigo, teniente...

—Si fuera justo con usted, le tendría ya encarcelado por ocultar pruebas y como presunto culpable de asesinato, Cash.

—Vamos, teniente, no creerá en serio que yo eché una viuda negra sobre aquella mujer, o busqué una daga veneciana para acuchillar a Graham...

—Lo que sí creo es que usted sabe cosas que yo ignoro. Y si no se sincera inmediatamente conmigo, cumpliré mi amenaza, esté seguro.

—Conforme —gemí—. Es una auténtica coacción, pero debo ceder a ella.

—Una coacción... —maldijo entre dientes—. ¡Todavía le llama coacción a esto! Algún día, un tipo como usted me hará perder la paciencia, Cash.

Se acomodó tras su mesa, cruzando los brazos y contemplándome heladamente. Yo supe que no podía hacer otra cosa sino acatar su voluntad, y me vi obligado a ceder.

Le conté todo, punto por punto. El me escuchó, ceñudo, sin interrumpirme apenas. Y, desde luego, sin dar muestras de suavizar su actitud.

* * *

Detuve mi automóvil en una de las bonitas y frondosas alamedas de Cross Island, en Queens. Crucé el césped, fresco y jugoso, perfectamente

cuidado. En un ángulo funcionaba un sistema de riego automático, y otro, algo más alejado. Me salpicó de agua fresca y confortante.

Me detuve, frente a la verja amplia. Pulsé el llamador, y esperé, con las manos en los bolsillos.

No tardaron en acudir a abrirme. Un sirviente impecable me franqueó la entrada, con una ojeada crítica hacia mí. Me alegré de llevar camisa y corbata nuevas, y el traje recién sacado de la tintorería, donde se hubiera muerto de viejo, a no ser por el dinero del pobre Graham. Mi aspecto no era malo. Incluso tenían brillo mis zapatos.

Así debí parecerle al criado, aunque allí daban la impresión de exigir mucho de sus visitantes. Me contempló ahora el rostro bien rasurado, con cierta cortesía helada.

—Usted dirá, señor... —habló.

—Deseo hablar con la señora. Sheen —dije.

—Supongo que tendrá usted concertada la hora de visita. Si es así, deme su nombre, yo consultaré con su secretaria y...

—Lo siento —negué—. No tengo hora concertada.

—En ese caso, es imposible —rechazó, con repentina hostilidad—. Telefonee otro día y dé sus motivos, pidiendo día y hora. Será inscrito, si la señora Sheen acepta verle, y entonces...

—Espere —le atajé. Saqué una tarjeta de visita mía, y escribí con rapidez algo en su reverso. La tendí al sirviente—. Dele esto. Me recibirá ahora mismo.

—Lo lamento, señor. No es norma de la casa. No puedo hacer lo que usted dice...

—No se trata de normas —me irrité—. Es un caso especial. Excepcional, diría yo. Y urgente, desde luego. No se trata más de que le lleve esa tarjeta. Si le dicen que no, podrá usted volver y echarme a patadas. Pero no antes de saber sí van a recibirme o no.

—Podrían despedirme, por hacer algo así —mantuvo él, terco.

—Lo harán, si luego llamo yo, diciendo que se negó a pasar mi tarjeta. Vamos, dese prisa. Usted verá cómo me reciben. En el acto.

—Está usted loco, señor. Y yo también, por hacerle caso —resopló, disgustado—. Pero iré a cumplir su encargo. No se mueva de aquí. Yo volveré para darle la respuesta... que, desde luego, será negativa.

Se fue entre setos y macizos de flores sobre los rectángulos de césped. No tardó más de cinco minutos en volver. Y, desde luego, la respuesta no era negativa.

—Sígame —invitó, mirándome asombrado, todavía confuso—. La señora Sheen va a recibirle.

—Se lo dije —sonreí, echando a andar tras él por la suntuosa y amplia mansión, levantada en la más verde y bella zona de todo Queens.

No hizo comentario alguno. Me llevó hasta un amplio claro rodeado de

arenilla suave, dorada. En el centro, un óvalo de mosaico azul bordeaba una pileta curva, de limpiísimas aguas verdes. Había hamacas, una mesa con toldo de vivos colores, refrescos, revistas, unas sillas de metal... y una de ruedas, vacía.

Miré a la piscina. Dos mujeres nadaban, riendo. Ante ellas, un hombre alto, de cabello escaso y cano, de tez curtida y ojos azules, se agachaba, sonriente, diciendo algo a las bañistas.

Cuando estuve más cerca, vi que no eran dos mujeres, sino una mujer... y una niña.

El hombre se volvió. Carraspeó, incorporándose.

—Buenas tardes, señor —saludó.

—Buenas tardes —respondí, cortés. Miré a la piscina—. ¿La señora Sheen?

—Soy yo —dijo la dama, saliendo gloriosamente del agua.

Me quedé de una pieza. Aquélla era la viuda del editor Sheen. ¡Y qué viuda!

Pelo oscuro, con un lunar blanco, un mechón natural, plateado. Un cuerpo magnífico, muy alto y algo atlético, pero armonioso y femenino como el primero. Dos breves piezas, un minúsculo bikini, plateado como su mechón de pelo, dos ojos enormes, oscuros e inquietantes. Unas caderas ampulosas, unas largas piernas, muslos bronceados y firmes, salpicados de agua que los hacía brillar, dorados.

Besé su mano mojada, como si yo fuese un caballero de su mundo. Ella sonreía. Se volvió, ayudando a salir del agua a la adolescente que se bañaba con ella. El hombre canoso había iniciado ya tal acción.

—Doctor Prentiss, cada día me encuentro mejor —dijo la muchachita, saliendo, risueña, del agua—. Es como un milagro...

—No hay milagros en la Medicina, criatura —rió el doctor Prentiss, ya con la muchacha pisando las baldosas azules. Y Diana Sheen acercó la silla de ruedas, donde la jovencita de cuerpo esbelto, nada mal formado, envuelta ya en un albornoz color malva, se acomodó, gozosa, al sol—. El tratamiento es lento, pero seguro. Espero que logremos algo definitivo en breve tiempo, Pinky...

—Es Pinky, mi hija —me explicó Diana Sheen, señalándola—. Padece polio. Hace unos pocos años, apenas se movía. Hoy, gracias al doctor, Va reaccionando favorablemente. El es el doctor Prentiss, Johnny Prentiss. Y usted... creo que es Cash. Michael Cash, según su tarjeta...

—Mike Cash para los que me tratan —asentí, sonriente. Vi mi tarjeta, mojada, sobre la mesa, junto a los refrescos—. Es un placer conocerla, señora Sheen. Y a ustedes, doctor Prentiss, señorita Sheen...

—No, por Dios —rió la muchacha de la silla de inválida—. Llámeme Pinky. Es horrible que a una la llamen ya «señorita», a los dieciséis años...

—Solamente quince aún —la reprendió su madre, risueña—. No

cumplirán los dieciséis hasta dentro de unos meses, pero sueña con ser mayor.

—Lo que sueño es con salir de aquí —golpeó su silla de ruedas sin amargura—. Y andar por el mundo, como todos...

—Lo harás, Pinky, si sigues mis consejos —dijo alegremente el doctor Prentiss—. Puedes estar bien segura, hijita... Bien, Diana, la dejo. Charle con su visita. Yo tengo cosas que hacer, ahora que terminó la sesión habitual de Pinky...

—Adiós, doctor. Hasta mañana —le despidió ella, tomando un corto albornoz rojo, que anudó a su cintura, pero que quedaba abierto profundamente sobre su espléndido descote, y apenas si rozaba la parte superior de sus muslos bien formados.

El médico se alejó, tomando un maletín plano de una silla, y perdiéndose tras los setos, con un saludo a todos nosotros. Me quedé mirándole. Luego, me volví a Diana Sheen y a la sonriente jovencita Pinky, que había tomado de la mesa una publicación ilustrada.

— ¿Es su médico particular, señora Sheen? —quise saber, con indiferencia.

—Sí, lo es —suspiró ella—. Un buen médico. El empezó a tratar a Pinky. Hoy sería ya una inválida total, dé no ser por él... Pero, señor Cash, por favor, siéntese. ¿Algo fresco?

—No, gracias, no tengo sed —acepté sentarme en una mesa metálica, bajo el toldo, y frente a la hermosa dama que, al cruzar sus piernas bajo el corto batín de toalla roja, me mostró la belleza de sus piernas bronceadas.

—Bien, usted dirá... —comenzó ella, con los ojos repentinamente serios, como si el soleado día se hubiese nublado en Queens, de repente—. En su tarjeta decía... que quería hablar de unos crímenes... y de Sexy Cat y Paul Karpis.

—Eso decía, señora. Pero imaginé que sería su secretaria quien la leyese.

— ¿Candice? —negó con la cabeza—. No, hoy no ha venido al trabajo. Telefoneó. Sentía jaqueca, y no se encontraba bien. Le pedí que se quedara en casa.

—De modo que me informaron bien —la estudié serio—. .Candice Karpis es su secretaria actualmente

—Perdone que le rectifique—me dijo, algo seca— Candice Glove. Es su nombre de soltera. Y quien que lo sea de divorciada. Nada de Karpis. Ni el recuerdo. Ni el apellido, por supuesto.

—Sí, entiendo—asentí—. ¿Tanto le odia?

—Creo que no es odio, sino desprecio.

— ¿Y usted, señora Sheen? —quise saber.

— ¿Yo? —me miró, alterada—. ¿Por qué había de sentir algo especial hacia Karpis?

—Usted heredó el negocio editorial de su esposo. Usted sabe lo que Karpis hizo a la Cadena Gold.

—La Cadena Gold... —repitió, con un suspiro—. Es un brillante y hermoso barco de lujo que se va a pique, señor Cash.

—¿No sirve usted para capitanearlo y ponerlo a flote, señora?

—No, no sirvo —me confesó—. Pero ya empezó a hacer aguas en vida de Malcolm. Una mala inversión, unos errores en las ediciones... y todo se tambaleó. Creo que el corazón le falló ante lo inevitable. Había cifrado su ilusión entera en la empresa. Al dejarme sola, todo ha ido a peor. No soy una buena editora, señor Cash.

—Pero es tremendamente sincera, señora.

—Eso sí —me contempló, pensativa—. ¿Y usted? ¿Por qué ha venido?

—Ni siquiera soñé con verla a usted, sino a Candice Glove.

—Pero Candice no está. Y yo le he recibido. Me interesa esa historia de crímenes. ¿A qué se refería?

—A Martin Graham. Y a una mujer llamada Martha Florea...

—Sé lo que ocurre —me cortó ella—. La Prensa trajo lo de Graham. Y oí por radio lo de esa actriz de televisión. Es horrible, ¿no cree? Una daga veneciana, una viuda negra y cosas así...

—Como en las historietas de Sexy Cat —dije, sin desviar de ella mis ojos.

—Oh, eso era ayer —me corló la voz fresca y juvenil de Pinky, con infantil intrascendencia—. Mire, señor. Hoy empezó otra historia de Sexy.: *La cerbatana china*.

—*La cerbatana china*,... —fruncí el ceño, mirando lo que Pinky mostraba en sus manos. Aquella revista publicaba, en su página .central, hasta seis «tiras» en color de una nueva historieta .de la perversa dama asesina—. ¿Leíste ya *La daga veneciana*, Pinky?

—Oh, sí —afirmó .ella, .entusiasmada—. Me gustó esa historia. Sexy es mala, pero lo hace por un complejo, porque fueron malos con ella... A veces, incluso ayuda a destruir a criminales... En *La daga veneciana*, el verdadero asesino no era Sexy, sino un noble italiano arruinado...

—Deja al señor Cash —cortó su madre, paciente—. Hablamos de Sexy Cat, pero en otro sentido que tú no entenderías, hija...

—Celebro que lo entienda —dije, mirándola muy fijo—. ¿Sabe adónde quería ir a parar?

—Sí. Esas muertes giran en torno a Sexy. Por tanto, en torno a... a Karpis. Porque ella es sólo un dibujo en un papel.

—No del todo. Antes hubo una mujer que sirvió para crear a Sexy.

—¿Se refiere a la modelo Velda Lynn?

—Sí, a ella. Ahora, en televisión, una Sexy Cat en carne y hueso aparecerá cada semana en la pantalla: Sugar Lane. Y Paul Karpis, en vez de dibujar viñetas, aparecerá en el programa, como presentador de su

heroína.

—¿Qué cree que ha sucedido? ¿Sospecha de Karpis?

—Yo más bien sospecharía de quienes odian a Karpis y desean destruirlo.

—¿Candice, por ejemplo? —y Diana Sheen enarcó sus cejas, interrogante.

—Por ejemplo —acepté.

—Candice es una buena chica. Inteligente, culta, seria. No la creo capaz.

—Usted fue quien la ofreció como ejemplo. Yo me limité a aceptarla.

—Candice puede odiar a Karpis, aunque creo que sólo siente asco y desprecio por él.

—Usted no me ha dicho aún lo que siente. Con Karpis en su empresa, la Gold iría viento en popa, y usted lo sabe, señora Sheen.

—Es cierto —admitió, de mala gana—. Pero tampoco siento odio por Karpis. Me tiene sin cuidado. Había dado su palabra formal a mi esposo. Malcolm se fiaba siempre de la palabra, del honor de un hombre. Decía que era el mejor contrato del mundo.

—Y no lo fue con Karpis.

—No, no lo fue —suspiró ella—. Karpis es un rufián. Capaz de todo lo malo, si reporta beneficios.

—¿Incluso de robar la idea a otro?

—Incluso de eso —me miró, pensativa—. Sé adónde va a parar: a Martin Graham.

—Eso quiere decir que usted sabe...

—Eso quiere decir que yo escuché a Graham muchas veces su historia. El pobre diablo no trazaba ya ni una línea. Vivía de caridad. Y se embriagaba. Pero nunca me extrañó que él pudiera ser el creador de Sexy. Karpis no tiene ideas. Sólo copia.

—Me alegra que lo acepte así. Sin embargo, a Graham de nada le serviría demostrar que Karpis le robó la idea. Está muerto. Y Karpis, lleno de vida y de dinero.

—Entonces, ¿qué busca exactamente, señor Cash?

—Primero buscaba un plagio o un robo de ideas. Ahora, busco también a un asesino.

—¿A un asesino de papel? —rió ella—. ¿A un dibujo animado, tal vez?

—Tal vez —me encogí de hombros, y miré a Pinky, que leía con entusiasmo las «tiras» de la heroína del crimen, el sexo y la crueldad. Moví la cabeza, con desaliento—. Hay seres que hacen daño, incluso desde una página impresa...

—Opino igual —aceptó ella—. A veces, prefiero no ser la editora de eso. Aunque no pueda prohibir a Pinky que lo lea. Para ella, es como una evasión. Pero es tremendamente inmoral que una heroína se haga

simpática al lector... matando gente sin piedad.

—Así son los tiempos —sonreí, poniéndome en pie—. Bien, señora, no la molesto más. Trataré de ver a Candice Glove en su casa, si se le alivió algo la jaqueca...

—Espere —dijo ella—. Llevaré a casa a Pinky. El sol se retirará pronto. Le daré la dirección de Candice, para que vaya a verla.

—Supongo que, si no fuera su secretaria ahora no tendría dónde ganar un sueldo...

—Sí, ella... Bien, ella no tiene una profesión definida, aunque sea una mujer inteligente y bien preparada. Aquí gana un buen sueldo. Y me es muy útil

— ¿Karpis no le pasa un centavo?

—Nada. Cuando se divorciaron, logró tender una trampa a su esposa, haciendo que un detective privado, uno de esos tipos sin escrúpulos, actuase de «gancho», con otro individuo, para tomar unas fotos que parecían comprometedoras, cuando en realidad las hicieron tras narcotizar a Candice. Fue vergonzoso. El juez le retiró toda pensión. Karpis ganó el pleito, por pretendido adulterio. Y eso jamás fue cierto.

—Vaya individuo... —resoplé. Luego, miré a Diana Sheen y añadí—: Por cierta, yo soy uno de esos tipos sin escrúpulos... Un detective privado, señora.

Ella me estudió, sorprendida. Se mordió el labio inferior.

—Bueno —dijo, al fin—. Parece que siempre hay excepciones, incluso en su profesión, señor Cash...

Y me precedió, camino de la casa, arrastrando el asiento de ruedas de su hija Pinky.

Era una vulgar casa de apartamentos, y no de las más modernas ni confortables de aquella zona de Bronx.

Busqué su nombre en los llamadores de la puerta. Me encontré el de Candice Glove, en el correspondiente al piso duodécimo, puerta F.

Pulsé el botón, esperando. Una voz apagada, que el sistema acústico hizo más confusa, me interpeló:

— ¿Quién es?

—Cash —dije—. Mike Cash, un amigo. Me envía la señora Sheen.

—Espere —dijeron.

Esperé. Funcionó el sistema de apertura. Cedió la puerta con un chasquido de su cerradura automática.

Entré, cerrando tras de mí. Subí en el ascensor, hasta el duodécimo. Fue sencillo encontrar la puerta con la letra F, al fondo del corredor. Me detuve. Llamé, al verla cerrada. Pero cuando oprimí el pulsador, la hoja cedió suavemente. Candice me había dejado el paso franco al interior.

Pasé, quitándome el sombrero. Llamé, en el recibidor iluminado:

— ¡Señora Glove! Soy yo, Cash...

Ella no contestó. Pero dentro había luz, y sonaba un receptor de televisión a medio tono. Fui hacia allá, decidido, hablando en voz alta:

—No debería ser tan confiada, señora Glove. Soy un desconocido para usted, pese a que le haya indicado que me envió Diana Sheen. Están ocurriendo cosas graves, y usted debería de...

Me detuve en la entrada al amplio salón. La mujer me daba la espalda. Era suavemente pelirroja, no llameante como Sugar Lane. Su cabello tenía tono cobrizo. Estaba viendo apaciblemente la televisión, que transmitía un programa en color. El televisor parecía de segunda mano, y la imagen cromática era muy borrosa.

—Señora Glove, sigo sin entender su exceso de confianza —dije, acercándome a ella, girando en torno al sofá, donde se acomodaba, para encararme a ella y reprocharle duramente su poca prevención ante cualquier visita peligrosa—. Le aconsejo que...

No le aconsejé nada. Ella no me miró. Solamente miraba a la televisión. Pero no veía nada de aquel programa. Ni de ninguna otra cosa...

Sus ojos estaban muy abiertos y vidriados. Muy fijos en el televisor. En medio de sus cejas, un redondo, pequeño agujero oscuro, dejaba caer una negruzca gota de sangre.

Estaba muerta. Sentada en el mueble, rígida. Pero muerta. Del orificio negro brotaba algo metálico, acerado, brillante... Una aguja hincada en la frente.

Miré al suelo. Sobre la alfombra, una caña de bambú o algo parecido. La aguja de acero en la frente de Candice, que me cuidé mucho de tocar.

—*La cerbatana china*... —dije entre dientes—. Nuevo episodio de Sexy Cat...

Luego, fui al teléfono y lo alcé con la mano protegida por un pañuelo. Llamé al teniente Cole.

* * *

El doctor Masón, de la Policía, nos miró con perplejidad; Hundió, las manos en los bolsillos de su bata blanca, y se paseó por el aséptico, blanco laboratorio del Departamento Central.

—Sí, señores —dijo—. Es insólito, pero así ocurrió. Como en las malas y rebuscadas novelas policíacas. Curare indio en la aguja. Suficiente para matar en el acto a un buey. La muerte debió tardar solamente unos segundos. Quien disparó la cerbatana sabía hacerlo. Un golpe seco... y la aguja se hincó dos pulgadas en el orificio. El curare actuó en el acto.

—Curare... —masculle, meneando la cabeza—. ¡Cielos, y yo que me burlé tantas veces de las novelas de diez centavos...!

—Un veneno indio, una cerbatana china..., ¡y todo eso hoy en día, en Nueva York! —aulló repentinamente el teniente Kevin Cole con ira—. ¿Hay quien lo entienda, Cash?

—Yo, desde luego, no.

—Usted, maldito sea —refunfuñó, mirándome enfadado—. Desde que metió sus pies en este lío, no hace sino ir encontrando cadáveres por ahí, como quien encuentra cajas de fósforos o botones desprendidos... ¿Qué mil diablos le ocurre, que todo aquel a quien trata de ver termina en la Morgue?

—No es culpa mía —suspiré, ceñudo—. Sólo que alguien se me anticipa...

— ¿Quién?

—Si lo supiera... —me encogí de hombros—. Tal vez Sexy Cat.

— ¡Sexy es sólo un dibujo! Los dibujos no matan, Cash.

—Empiezo a dudarle —confesé—. Hoy ha empezado en un *magazine*, creo que *Fantasy*, la historieta de Sexy titulada *La cerbatana china*.

—Ya me dijo eso por teléfono —refunfuñó Cole—. Pero eso no explica nada. Puede ser pura coincidencia...

—Usted sabe que no. Puede ser cualquier cosa, menos una coincidencia. Se hace todo de un modo premeditado. Sé de sobra que no existe una Sexy Cat que vaya matando por ahí, pero entonces, ¿quién lo hace, y por qué motivo?

—Debería saberlo usted, que coincide siempre en algo con el asesino: en visitar a las víctimas, más tarde o más temprano, Cash.

—Usted mismo me autorizó a visitar a Candice Grove, cuando charlé con usted esta mañana, ¿recuerda?

—Y no la visitó. Al menos, no a tiempo.

—Me entretuve charlando con la señora Sheen. Ella me envió aquí.

—La señora Sheen... ¿La editora de la Cadena Gold?

—La misma, sí.

—Puede que ella sea la autora de todo. Por odio a Karpis, a Sexy, a todo lo que hubiera sido de su empresa, y está enriqueciendo, en cambio, a los Saint James...

—Me temo que estos crímenes harán aumentar la venta de los *cómics* de Sexy en un mil por ciento. La gente que lee a Sexy Cat es morbosa. Habrá más lectores ahora, sin duda.

—Entonces, ¿usted sugiere que son los Saint James y no Diana Sheen?

—No sugiero nada, teniente.

—También podría ser Karpis. Si aumenta la tirada, cobrará millones...

—Puede ser mucha gente; quien busca publicidad favorable, o quien la busca negativa. Quien se enriquece con Sexy o quien desea hundir la historiéis. Su creador, su modelo despreciada, su nueva modelo para crearse una monstruosa propaganda, la televisión, para lanzar un programa sensacional...

—Son sospechas monstruosas, Cash.

—Claro que lo son. Todas ellas. Para que vea la cantidad de sospechosos que tenemos. Cualquiera pudo iniciar esta orgía de sangre. Y eligiendo

siempre los métodos absurdos y rebuscados de Sexy Cat...

— ¡Curare! —masculló, con enfado, Cole—. ¿Dónde diablos lo encontrarían?

—No lo sé, pero habrá que averiguarlo. Puede ser una pista. Como la cerbatana, la daga veneciana, la araña del tipo viuda negra... Nada de ello es fácil de encontrar. Por tanto, eso limita el campo de sospechosos.

—Daré órdenes para que mis hombres traten de localizar a alguien capaz de procurarse, con cierta facilidad, tales elementos de muerte —dijo Cole, escribiendo rápidamente unas líneas en su agenda. Miró fijamente a Cash—. Usted, entretanto, le guste o no, va a ayudar a la policía del mejor modo posible, Cash, puesto que está metido en esto hasta el cuello.

—Será un placer, teniente —sonreí.

—Tendrá que serlo, porque de otro modo le dejo sin licencia —me amenazó—. Con usted la gente se sincerará más que conmigo o mis agentes. Sobre todo, las damas. Parece que tiene usted cierto éxito con ellas. Utilícelo para nosotros. Actúe a su modo, pero actúe.

—Conforme, teniente. Soy todo oído. ¿Qué desea que haga?

—Hablar con las mujeres más directamente relacionadas con Sexy y con Karpis: Sugar Lane, Gail Cristal, la propia Velda, con quien le vi en la cafetería del Sindicato de Dibujantes... Recuerde que es usted nuestro único testigo en algo: le invitaron a subir a casa de Candice, por el sistema acústico interior. Era una voz de mujer, ¿no?

—Al menos lo parecía —admití—. Pero yo puedo fingir también una voz de mujer, sobre todo a través de un tubo acústico; teniente:

—Conforme, pero aceptemos en principio que pudo ser una mujer. ¿Cree que sería capaz de identificar su voz, si la oye de nuevo?

—No —rechacé— ¡Rotundamente, no! Entonces no me fijé, pensando que era Candice misma.

—Para entonces, Candice estaba muerta ya. Fue el propio criminal quien le invitó a subir, y le franqueó el paso.

—Una burla intolerable —dije, con enfado.

—No me venga ahora con susceptibilidades. Busque a esa persona, hable con todas las chicas condenadamente bonitas que están mezcladas en este lío. Recuerde; pese a todo, es nuestro único testigo, por ahora.

Nunca mejor dicho aquello de «por ahora». Un agente se acercó a nosotros, cuando regresábamos de los laboratorios a la oficina de Cole. Informó escuetamente al teniente:

—Un tal Barry McKern quiere hablar con usted, teniente —le dijo.

— ¿McKern? —arrugó el ceño Cole.

— Sí, señor. Dijo que .era .urgente. Muy urgente.

— ¿Qué diablos quiere ahora ese McKern? Tengo trabajo y...

—Aseguró ser testigo.

— ¿Testigo? ¿En qué?

—En el asesinato de .Candice Grove, señor.

Pegó un respingo el teniente de detectives de la División de Homicidios. Y creo que yo también. Nos miramos, estupefactos.

—Un testigo en el caso ¡Glove! —aulló Cole—. ¡Pronto, vamos allá! ¿Qué dice ese hombre que presencié, agente? ¿El crimen, tal vez?

—No, señor. La fuga del asesino.

— ¡La fuga del asesino! —Cole parecía maravillado—. Cielos... ¿Lo ha descrito?

—Sí, señor —manifestó el policía, dubitativo.

— ¿Y bien...?

—Describió..., describió a... a una mujer felina, toda enfundada en negra malla, de hermoso cuerpo, casquete cubriendo su cabeza, antifaz... Guantes negros, movimientos elásticos... Dice que asiera quien huía de casa de Candice Grove, tras oírse un grito agudo, mezclado con el sonido de un televisor, dentro del apartamento. McKern es un vecino.

—Dios sea loado... —gimió Cole, volviéndose a mí—. ¿Ha oído eso, Cash?

—Sí —dije serenamente—. Es la descripción exacta de Sexy Cat, teniente...

* * *

— ¡La descripción de Sexy Cat! ¡Eso es una estupidez, Cash! ¡Una total estupidez, sin sentido!

El grito agudo llegó cuando Sexy Cat, erguida ante mí, negra, felina y escultural, me encañonaba con una pistola «Luger» con silenciador, sobre la azotea de un rascacielos, entre rótulos luminosos.

Sexy, la asesina enmascarada, bajó el arma con un suspiro. Volvió la cabeza, mirando al que gritaba. Después, me contempló de nuevo a mí, a través del negro antifaz de seda que cubría su bello rostro, bajo la negra capucha ajustada.

—Está de mal humor hoy —dijo—. La grabación resultó fallida y estamos rectificando unas escenas de prisa y corriendo... Le coge en mal momento, Cash.

Me encogí de hombros. Acostumbraba a enfrentarme con gente malhumorada. Uno más, aunque ése fuera el propio Paul Karpis, el hombre grueso de la barbita negra y los ojos ardientes, no pondría peer las cosas.

—No escandalice, Karpis —le avisé, seco, alzando un brazo—. No tiene nada de estúpido. Aquí laísmo, frente a mí, tengo a la propia Sexy Cat personificada.

—Es diferente. Ella es una actriz, esto, un *set* de televisión, un decorado... —Karpis movió ampulosamente sus brazos—. ¡Y usted está hablando de una auténtica criminal, de un ser que huía del escenario de un

crimen brutal!

—Es lo mismo —dije—. Un disfraz de Sexy se puede elaborar con facilidad. Malla negra, antifaz, guantes, casquete...

—No sabe lo que dice —se irritó el dibujante. Tiró el guión con ira, contra uno de los falsos rascacielos iluminados, en el decorado de los estudios de la IAT, donde se estaba grabando en *video-tape* el programa piloto de Sexy Cat—. Eso es mezclar el puro teatro con la realidad. Nadie saldría así vestido a la calle.

—Con un impermeable o sobretodo encima, un sombrero y cosas así, se podría hacer. Y más, viajando en automóvil —le recordé—. Ponga a una persona así disfrazada unas gafas de vidrios oscuros y déjela ir por Manhattan. Seguro que nadie para atención en ella, si no sale del coche o se despoja de sus ropas superficiales.

— ¿Y todo eso, para qué? Es una mascarada ridícula.

—También lo es matar con una daga veneciana precisamente. O con una viuda negra, o con curare en una aguja disparada con cerbatana. Pero así se cometieron esos crímenes, y tampoco tiene sentido que se buscaran medios tan raros de matar.

—En resumen: usted vuelve a mí... porque soy sospechoso. El primer sospechoso, ¿no? —El tono de Karpis era destemplado—. Habrán hecho trizas mi reputación, habrán sacado a la luz toda la basura, especialmente entre la pobre Candice y yo... y ahora los polizontes se echan sobre mí, culpándome. Se llevar la realidad todo lo que mi lápiz ha oreado primero en las «tiras» de la historieta, ¿no es eso?

—No sé lo que piensa la policía. Sólo sé que usted y su personaje parecen el centro de toda la trama. Y a usted se ha de volver, indefectiblemente.

— ¡Yo no tengo nada que ver en eso! —Alzó sus brazos, agitándolos dramáticamente—. ¡Es todo un complot, una sucia conspiración para hundirme, para hundir mi obra y hacerlo todo pedazos!

— ¿Usted cree? —dudé—. Hoy, los diarios de la noche publican en primera página, bajo los titulares de los asesinatos, tiras de su famoso *comic*, Karpis. ¿A eso le llama usted destruir su Obra?

—Escuche, sabueso —me apuntó con un dedo amenazador—. ¡Yo no necesito publicidad para mi historieta! ¡Son millones de copias en todo el mundo, es un programa de televisión que puede triunfar, aunque alguien se está empeñando en hacerlo fracasar! ¡Tengo dinero, mucho dinero! Y cobro sumas cuantiosas por derechos, nada mes. ¿A qué supone que voy a arriesgarme, con ese juego estúpido y cruel, buscándome una publicidad monstruosa?

—Yo no dije que sospechara de usted, ni le acuso de cosa alguna —dije, calmoso. Paseé por aquel escenario que fingiría ser un lugar a muchas yardas de altura sobre las calles de Nueva York, cuando la televisión lo

filmara para sus espectadores—. Sólo dije que es usted el centro de todo. Usted... y Sexy Cat, claro está.

Bombón de fresa respiró hondo, quitándose el antifaz y el casquete de su cabeza.

—Estoy cansada de rodar —suspiró—. Paul, ¿puedo tomar un café y volver Juego a grabar el resto del guión?

—Sí, vete —jadeó Karpis, ceñudo— Ahora no haríamos sino arruinar el guión y el programa. Yo también me voy a mi aposento a tomar algo. Un sedante, entre otras cosas. ¿Desea hablar conmigo acaso, Cash?

—No, no exactamente—sonreí—. Andaré por aquí. Cuando esté más calmado, hablaremos.

—Conforme —resopló, aliviado. Y se perdió entre otros decorados del set

Sugar Lane echó a andar hacia la cafetería de los estudios. La seguí. La hermosa pelirroja me miró de soslayo. El perfil de su cuerpo, dentro de la negra malla, daba unas dimensiones inquietantes a la encamación de Sexy. Sobre todo, en su busto agresivo, en sus nalgas respingonas. ..

— ¿Conmigo sí quiere hablar? —sonrió con sus golosos labios rojos, muy carnosos.

—Es una mujer bonita —dije, pensativo, con mi mejor mueca irónica—. Me atrae más que Karpis, la verdad.

— ¿Por qué? ¿Porque Sexy es mujer... y también cree que lo sea el asesino?

La miré con igual franqueza con que ella se expresaba de palabra. Afirmé.

—Entre otras cosas, sí —dije.

Entramos en la cafetería. Había poca gente a esa hora. Pedí café, y ella también. Nos sentamos a un extremo del mostrador. Era como estar junto a una gatita sinuosa. O rozando a una peligrosa pantera negra. Su cuerpo se enroscaba, sensual, en su asiento.

— ¿Qué «otras cosas», Cash? —me preguntó ella, de repente.

—Todo —dije—. Usted, su rostro, su cuerpo...

— ¿Le gusto?

— ¿A quién no gusta una chica como usted? —repliqué.

Ella se inclinó, mirándome muy fija. Sus verdes ojos eran esmeraldas ardientes.

—También le gusto a Karpis —dijo.

—Lo imagino —reí, pero disimulando mi interés.

—Llegaré lejos. Es lo que él dice. Me va a apoyar en todo.

—Lógico. —Mi risa se hizo cínica—. ¿Y Gail?

Chascó sus dedos, enguantados de negro.

—Va a ser despedida. Ya lo hizo antes con otras.

—También lo hará con usted, Sugar.

—Veremos —sus ojos brillaron—. No sólo soy atractiva, Cash. Soy astuta. Y ambiciosa. Es posible que sea la segunda señora Karpis.

—¿Ya sabe lo que fue de la primera señora Karpis?

—Sí. La mataron. Usted lo dijo. No me da miedo. Paul no lo hizo, seguro.

—Yo no me refería a eso, sino a lo que le pasó con su marido. Karpis la abandonó, tras una sucia treta para no darle un centavo.

—Es lo que la gente dice. Aunque lo hubiera hecho, no lo repetiría conmigo. Ya le dije que yo no soy tonta.

—Estoy seguro de que no lo es —sonreí, apurando mi café. Contemplé su figura sinuosa, enfundada en negro—. Sugar, ¿usted no salió por ahí vestida así... a matar a nadie?

—Si lo hubiera hecho, ¿se lo diría a usted? —me desafió ella, burlona.

—No —reí—. Seguro qué no.

—De todos modos, no lo hice. Se lo aseguro, aunque no va a creerme, sólo por eso. Su misión es sospechar de todo el mundo, ¿verdad?

—Verdad —asentí. Estudié a Sugar Lane, la impresionante pelirroja de la televisión—. Sugar, usted es muy joven. Más de lo que parece...

—Soy joven, sí. Tengo sólo veintidós años. Pero digo que tengo veinticinco. Si no, no me darían los papeles que me van.

—¿Como el de Sexy Cat?

—Como éste, sí. La gente del mundo de la televisión es rara.

—Todo el mundo lo es. Sobre todo, el artístico. Bien, Sugar, suerte. —Dejé dinero en el mostrador—. Mañana presenciare el programa. Estoy seguro de que será un éxito total.

—Es demasiado optimista —suspiró ella, bajando del taburete.

Era elástica y ágil, pero la ayudé, y ella se quedó apoyada en mi brazo. Su mirada verde me taladró de repente.

Dijo, en voz muy baja:

—Si no fuera tan ambiciosa...

—¿Qué? —indagué.

—No, nada —rápida, se inclinó. Me tapó la boca con la suya. Sus labios jugosos y gordezuelos me oprimieron con fuerza. Luego, se apartó—. Hasta otra, Cash. Es usted un chico tremendamente atractivo. Pero no parece tener demasiado dinero...

Sonreí, quedándome quieto. Ella se fue. Me quedé pensativo. Miré al *barman* que, irónico, me estudiaba, con su gorrito absurdo y su uniforme azul, con las siglas IAT en el bolsillo superior.

—Ya ve—dije—. Se nota que uno lleva impresas en la cara las cifras de su cuenta corriente. Y la mía no pasa de un solo cero con algo delante, muy poco.

El *barman* se echó a reír, encogiéndose de hombros.

—Las mujeres como Sugar Lane sólo se fijan en sumas de cuatro ceros

para arriba —me alentó—. Olvídela, por mucho que le gusten sus besos, amigo. Es un consejo leal.

—Tal vez lo siga, al menos mientras mi cuenta corriente no suba más —dije, riendo.

El *barman* se alejó. Me quedé en la barra, fumando un cigarrillo, pensativo. No tenía prisa. Ni sabía qué hacer ahora. No sacaba nada en limpio de ir viendo mujeres bonitas, salvo que muchas de ellas me besaran y me dijeran que les caía bien. Pero eso no me ayudaba gran cosa, y en cambio, desequilibraba un poco mis nervios.

—¿Quiere que su cuenta corriente suba a cuatro ceros con alguna cifra delante? —me dijo una voz cálida, profunda, sedosa, tras de mí—. Es cosa suya que eso suceda o no, amigo Cash. Yo me ocuparía de ello.

Me volví vivamente. Miré aquel rostro moreno, aquel cabello negro, aquellos ojos centelleantes. Y sobre todo, aquellas formas exuberantes, apenas sujetas por el ceñido pantalón blanco y la blusa amarilla, resaltando ambas piezas la rotundidad de sus caderas y la prominencia de unos pechos enhiestos y macizos.

—Vaya... —dije—. Gail Cristal, el gran amor de Paul Karpis...

—Debería usted decir «la mujer que más odia a Paul Karpis» —me rectificó la mestiza, ardientemente—. La que llegaría incluso a matar para destruirle.

Matar...

Era un término duro. Muy duro. Y significativo. Tal vez muy significativo...

La belleza morena, opulenta, avasalladora y rotunda de aquella mujer con mezcla de razas y de sangre en sus cálidas venas, se hallaba ahora junto a mí, en un asiento arrinconado de la cafetería de los estudios de la Independent Atlantic Televisión.

—Matar... —repetí. La estudié, procurando no fijarme más que en su rostro, y no en sus mórbidas formas casi insultantes—. ¿De verdad haría eso, Gail?

—Estoy convencida de ello.

—Pero matar, ¿a quién?

—A Paul Karpis. O a alguien por cuyo crimen pudiera ir él a la silla eléctrica.

Emití un silbido de asombro. La estudié, preocupado.

—Eso es grave —señalé—. No habrá usted comenzado ya la carrera...

—Si se refiere a esos crímenes de que todos hablan, no —me tranquilizó ella—. Soy inocente. Sé que sería capaz de matar. Pero no lo

hice aún.

—Vaya, menos mal... Gail, posiblemente es la pasión o los celos los que le dictan esas palabras tan poco serenas.

— ¿Pasión? ¿Por Paul? ¿Celos de él? —soltó una profunda, agresiva carcajada, que hizo temblar sus formidables senos erectos—. Por Dios, Cash, no me haga reír. Karpis ha sido solamente un protector. Me dio dinero, comodidades, un trabajo bien retribuido como modelo publicitaria. Acepté su compañía sólo a cambio de eso.

— ¿Entonces...?

—Ahora va a dejarme. Lo sé. Por Sugar Lane. Cree que esa chica es como todas. Pero presiento que Sugar es decente. Al menos, no sé de nadie que haya hablado de ella con malicia. Claro que en la vida, por desgracia, todo y todos tienen un precio, y Karpis tiene ahora tanto dinero...

— ¿Teme que Sugar se prostituya?

—Me tiene sin cuidado lo que haga. Lo que quería es seguir disfrutando del dinero de Paul. Pero eso voló. Por eso le hice antes una oferta. He logrado ahorrar bastante, aunque no lo suficiente para justificar el tiempo perdido junto a Karpis. Puedo darle a usted una suma tentadora. Le bastaría, acaso, para mejorar su posición, para hacerle un hombre diferente.

— ¿Qué suma, por ejemplo?

—Digamos... veinticinco mil dólares.

Silbé. Era mucho dinero. Sobre todo para mí. La miré, pensativo.

—Nunca me ofreció nadie tanto. Y menos una mujer joven y atractiva —reí—. ¿Qué debo hacer por ese dinero? ¿Matar en nombre suyo, Gail?

—No le pido tanto. —Tuvo una mueca, una leve sonrisa de ironía—. Solamente le pido... que encuentre a Karpis culpable de esos crímenes. O de otro cualquiera. Que lo hunda. Si lo logra, el dinero es suyo.

—Sería relativamente fácil ganarlo..., siempre que él fuese culpable.

—Lo es. Tiene que serlo.

—Usted habla como mujer que le odia, no como persona fría y serena.

—Pruebe que es culpable. Cobrará sus veinticinco mil.

— ¿Y si es inocente?

—Usted puede amañar pruebas, falsear testimonios... Haga lo que sea. Sentí escalofríos. Miré con inquietud a aquella hembra magnífica..., pero temible.

— ¿Sería capaz de eso? —jadeé.

— ¿Usted, no?

—No —negué—. Me temo que no.

— ¿Ni por veinticinco billetes de mil, Cash?

—Ni por eso.

—Es una fortuna.

—Lo sé. Pero no puedo aceptarla. Si Karpis fuese culpable, sí. De otro

modo, no.

—Pongamos que subo la cifra. Treinta y cinco mil. Es más dinero del que ganará en toda su vida de detective.

—No. —Me puse en pie, con un suspiro. Miré a la bellísima Gail Cristal—. Por el momento, me conformo con que me pague la consumición. Son muchos los gastos, y Martin Graham no me abonará ya dieta alguna. Si descubro que Karpis es culpable, se lo diré. Si aún decide entonces darme ese dinero a cambio de las pruebas para enviarlo a la silla, hágalo. Pero sólo en ese caso concreto, Gail.

—Tiene que ser ahora. Acepte y cobrará quince mil en un talón, a hacer efectivo mañana mismo. El resto cuando Karpis entre en la cámara de la muerte, o sea, acusado de asesinato en primer grado.

—Es usted terrible —dije—. Terrible y sorprendente, Gail. Temo que no cobraré un solo dólar de su mano.

Y me alejé, saliendo de la cafetería. Por un cristal vi a Gail Cristal, temblando de ira y despecho, sacudido su ser por una serie de pasiones desatadas y violentas.

La verdad. Ella me dio miedo.

* * *

El Derby Club, de la calle Cuarenta y Dos, era un local selecto. Propio de gente como los Saint James.

Tenía decoración muy británica, motivos hípicas en las paredes, y los camareros vestían chaquetas rojas y gorras de jockey, como en una cacería típicamente victoriana.

Cabezas de jabalíes, fotografías de caballos y un aire de *scotch club* inglés lo presidían todo en aquel recinto acogedor y confortable, de iluminación tamizada y muros de madera.

No estaba Lizabeth Saint James, ciertamente. No vi rastro de ella al llegar, posiblemente, entre otras cosas, porque ya no era al caer la tarde, sino más bien cerca de la madrugada. Mi reloj marcaba las doce menos veinte, y el del local también. La rara coincidencia me hacía suponer que mi hora era correcta.

Pedí un *scotch seco*, con hielo, y lo paladeé lentamente. Había poco público, y todo él harto selecto. Sentado en la barra, estudié a aquella gente silenciosa, discreta y sobria, preguntándome si esto no sería un remanso de paz, después de moverme entre tantas explosivas bellezas, todo exhibicionismo, sexy y cuanto se le quisiera poner al conjunto.

—Llega tarde a la cita, Cash.

Me volví. Era ella. Lizabeth Saint James. Sobriamente ataviada de color marrón, con una cadena de oro y una sencilla cruz sobre sus senos. Siempre elegante, siempre seria y distinguida.

—Vaya, qué sorpresa... —confesé, incorporándome—. No la esperaba a estas horas.

—¿A qué vino, entonces? —sonrió ella, tomando asiento a mi lado.

—A conocer el lugar. La hora es muy diferente a la que usted mencionó.

—Olvidé decirle que cuando mi esposo está fuera de la ciudad, yo acostumbro a venir aquí a pasar un rato, sea la hora que sea.

—¿Su esposo está fuera hoy?

—Se marchó esta tarde, a última hora. Tenía asuntos que resolver. Estaba bastante agitado, con las noticias recibidas por teléfono.

—¿Sabe ya lo de Candice Grove?

—A una de esas cosas que me refería es a la muerte de Candice —afirmó ella, serena, grave la expresión—. La divorciada de Paul Karpis... Pobre muchacha. ¿También usted la encontró esta vez?

—También —convine.

—Empieza a ser una especie de ave de mal agüero, ¿no cree? —sonrió ella, seriamente—. Mujer con quien se trata... muere violentamente.

—No es mi culpa, señora Saint James... perdón: *Liz*.

—Así está mejor. Cash, ¿cree que, realmente, alguien quiere hundirnos a Cameron, a Karpis y a mí?

—Tengo la sospecha de que Karpis terminará por hundirse él solo. En cuanto a ustedes y su editorial... no sé. Hoy hablé con Diana Sheen.

—¿Ah, sí? —ella se mostró ahora fría.

—No parece odiarles a ustedes en absoluto. Se resigna con su suerte, aunque reproche a Karpis su falta de honor.

—En los negocios no hay honor. La palabra empeñada no vale nada. Un contrato, sí.

—Es lo que descubrí hoy —suspiré. Contemplé fijamente a Lizbeth Saint James—. ¿Sabe lo que se rumorea en los estudios de televisión? Que Karpis cambiará de amante.

—Vaya... Era de prever. ¿Sugar Lane será la próxima?

—¿Por qué supone que haya de ser ella?

—Pura lógica —rió la dama—. Cuando él la protege, es por algo.

—Gail Cristal está furiosa. Creo que resulta temible su ira.

—Se le pasará, como a otras. Le hemos conocido muchas amiguitas de tumo a Karpis. Es su debilidad, no hay duda.

—Juega con fuego. Las mujeres son peligrosas.

—Yo no lo soy —dijo Lizbeth. Me miró, agresiva—. ¿O... sí?

Y entreabría sus labios, como cuando me besó.

Me incliné. Ahora la besé yo. Nadie en el Derby Club pareció preocuparse de nosotros.

—Cash... Mike... —musitó ella—. Me gustas... Me gustas terriblemente...

—Liz, está su marido —le recordé. Miré en torno—. ¿El conoce este lugar?

—No lo sé. Al menos, nunca nos encontramos aquí él y yo. Olvida a Cameron.

—Lo estoy intentando, Liz. Pero cuando hablé de mujeres peligrosas, me refería a una mujer en particular.

— ¿Quién?

—Sexy Cat.

— ¿Ya vuelve eso? —taconeó impaciente, con fastidio. Se colgó de mi brazo—. Ven, Mike. Vamos a divertirnos juntos tú y yo. Cuando la noche termine, ya no te acordarás de Sexy Cat, ni de nada más de este maldito asunto...

En eso se equivocaba. La seguí, pero dejando aviso por teléfono al teniente Cole del lugar adonde íbamos Lizabeth Saint James y yo: una *boite* en las afueras, un lugar llamado El Refugio, en Staten Island.

Lo malo es que desde El Refugio, Lizabeth quería llevarme con ella a cierto apartamento que ella poseía en Broadway, y del que su esposo no tenía noticia alguna, pues incluso lo tenía alquilado con nombre supuesto.

La llamada de Cole a El Refugio, cuando ya Lizabeth insistía en la retirada a su apartamento, evitó que las cosas ocurrieran como ella quería.

Supongo que se llevó una profunda decepción, pero peor fue para mí, que sufrí un enorme sobresalto.

—Soy Cole —me dijo la voz del teniente, por teléfono—. Cash, vaya dejándolo todo y véngase para acá en seguida. Le espero.

— ¿Qué mil diablos ocurre? —indagué, alarmado.

—Otra vez hubo violencia, Cash.

— ¿Sexy Cat?

—Sí. Hay testigos. Fue Sexy. O alguien vestido como ese maldito personaje.

— ¿A quién mató esta vez?

—Por fortuna, a nadie. Pero hay dos heridos graves. Dos mujeres.

— ¿Qué? —mascullé.

—Es en una hacienda de Queens, que usted ya conoce, Cash. Se trata de la señora Diana Sheen y su hija Pinky...

—No teman —dijo serenamente el doctor Prentiss—. Están a salvo.

— ¿Las dos? —indagó Cole.

—Las dos —afirmó el médico—. Pero pudieron haber muerto, de no ocurrir algo milagroso.

— ¿Qué fue ello, doctor?

—La pequeña Pinky... La enferma, quiero decir. Pudo arrastrarse, gritar, derribar un candelabro y prender fuego a una cortina... Los vecinos, los Kelly, vieron las llamas por una ventana. Acudieron, con sus criados y perros. Vieron desaparecer una silueta vestida de negro, como Sexy Cat. La buscaron en vano. Se perdió en el tejado del edificio, y nadie dio con su rastro, ni siquiera los perros, que se quedaron aullando, ante el muro, ladrando furiosamente, pero sin saber qué pista seguir...

—Siga, doctor —le apremió Cole—. ¿Qué sucedió, exactamente?

—Diana Sheen fue atacada en su alcoba. Y Pinky, en la suya... Ambas vieron claramente a su agresor. Era agresora. Una mujer con malla negra, caperuza ajustada, antifaz... La señora Sheen tenía una pistola pequeña, un arma casi de juguete, pero que podía matar a una persona. La disparó, pero en vano. El arma se encasquilló, posiblemente por el largo tiempo sin

utilizar. Pero eso asustó a su agresora nocturna, que escapó, tras lanzarle con fuerza un dardo, con una ballesta. El dardo atravesó el hombro de la señora Sheen, sin tocar su corazón, por fortuna.

—Una ballesta... —meditó Cole—. ¿Eso le recuerda algo de Sexy, Cash?

—Sí —afirmé—. Me he leído muchos episodios suyos estos días—. Hay una serie titulada: *Muerte medieval*. Sexy Cat usaba allí una ballesta... Doctor, ¿qué pasó con la pequeña, con la enferma Pinky?

—Ella tuvo mucha fortuna también, aunque es la que más seriamente herida se encuentra. En realidad, el diagnóstico es de gravedad, pero con optimismo en cuanto a su recuperación. De no ser esas llamas y gritos, hubiera muerto, al no poderla asistir su madre...

—Termine de una vez, doctor —me impacienté—. ¿Qué arma, en esa ocasión?

—Igual: la ballesta. Le clavaron el dardo en el muslo, justo el más afectado por su parálisis. Luego, la golpearon con la ballesta en el rostro, cuello, brazos... Tiene hematomas, ha perdido sangre, sufre heridas en su cráneo, y está muy débil... La he hecho enviar al hospital. Espero que sane pronto... y no haya complicaciones.

Agobiados, entramos en la cámara de la señora Sheen.

La hermosa viuda del editor reposaba bajo los efectos de sedantes. Tenía un fuerte vendaje en torno al hombro dañado. Ahora reposaba tranquila. Nos miramos Cole y yo. Salimos en silencio, tras estudiar las huellas en la ventana, que asomaba a una galería encristalada, por la que, sin duda, Sexy —o sus sosias— fue hasta la alcoba cercana de Pinky. En la habitación de la niña, la confusión era terrible. Se veían pavesas de la cortina incendiada, un teléfono caído, con el auricular colgando, huellas de sangre... y una pesada ballesta, manchada también de rojo, con arañazos violentos en algunos puntos. Las sábanas estaban empapadas en sangre.

—Pobre muchacha... —murmuré, la vista fija en la silla de ruedas, adosada al muro.

—Sí, es una pena —suspiró el doctor Prentiss—. Ahora se iba recuperando de su poliomielitis, e incluso de los complejos que la retienen casi inmóvil durante años... Esa herida no sé si será beneficiosa o perjudicial.

—¿Es un caso desesperado de parálisis, doctor? —indagó Cole.

—Es serio, porque de niña sufrió una meningitis, y eso afectó también a su modo de pensar. Se convenció de que no podía andar ni combatir la poliomielitis y, pese al tratamiento intensivo, tanto médico como terapéutico, siempre se resistió a moverse, asegurando que no podría dar más de diez pasos sin caer.

—¿Comparte usted esa idea de la niña? —indagué.

—No. Creo que, si quisiera realmente, podría moverse con alguna soltura. Pero hay algo peor que la poliomielitis, señores. Y eso es la mente

humana —se tocó la frente—. Complejos, desviaciones freudianas y cosas así. O herencia paterna, nunca se sabe.

— ¿Por qué dijo eso? —me interesé—. ¿Le ocurría algo al difunto Malcolm Sheen?

—Bueno, él..., él nunca estuvo curado totalmente de una dolencia de su juventud. Fue muy libertino, un vicioso mujeriego y jugador... Contrajo un mal de difícil curación por entonces. Y esas cosas siempre dejan huella en los hijos.

— ¿Eso pudo afectar a su modo de llevar ruinosamente los negocios, doctor?

—Sí, él siempre fue un hombre extraño. Cuando desapareció...

— ¿Desapareció? —yo pegué un respingo—. Creí que había muerto de un colapso...

—Bueno, le dio un infarto, según un colega mío, estando en su residencia de verano, en Coney Island. Se le trasladó a un hospital, y aseguró encontrarse mejor. Pero no se le permitió salir. El escapó del hospital. No se le halló nunca, hasta que, días más tarde, un cadáver con sus ropas, en el río, cerca de donde se halla el hospital en que se alojó, pareció ser el suyo, y así fue identificado. Hecha la autopsia, ciertamente, se probó que aquel hombre en estado avanzado de descomposición había muerto de un doble ataque cardíaco. Podía ser Malcolm Sheen, por supuesto. Pero nunca hubo pruebas contundentes de ello, pese a que se aceptó la identificación de la señora Sheen. Esa es la historia, amigo Cash. Creí que la conocía ya...

—No; hay muchas cosas que ignoro en todo esto —suspiré—. De cualquier modo, doctor, le agradezco sus informes. Iré a ver a Pinky lo antes posible, en cuanto sea factible hablar con ella. Igualmente lo haré con su madre. Ellas vieron a su agresora, pueden describirla acaso, con cierta seguridad...

—Mucho lo dudo, Cash. Diana Sheen mencionó a Sexy Cat, entrando con la ballesta por su ventana de la galería... Medio inconsciente, también la pequeña Pinky aseguró que la misma Sexy de las historietas la atacó en m alcoba... Fue todo cuanto dijo. Pero la niña pudo fantasear, porque es muy dada a leer esas aventuras. Sin embargo, el testimonio de su madre es más digno de crédito...

—Bien, doctor. Nos vamos. ¿Usted se queda?

—Sí —sonrió el médico—. Me quedaré aquí a cuidar de la señora Sheen durante un rato. Luego, iré al hospital donde está Pinky internada, para ver cómo sigue, aunque los médicos que allí se ocupan de ella gozan de toda mi confianza. ¿Y ustedes, caballeros?

—Nosotros nos vamos —refunfuñó Cole—. Por desgracia, nada hay aquí que nos permita abrigar esperanzas de hallar algo positivo... ¿Vamos, Cash?

—Sí, vamos —asentí, malhumorado, mirando en tomo por última vez. Me agaché. Tomé del suelo un fragmento de revista ilustrada en color, de entre las pavesas de la cortina del cuarto de la pequeña Pinky. Me estremecí.

Era una historieta completa de Sexy Cat. La enmascarada asesina estaba clavando sus largas, afiladas uñas, esta vez sin guantes, en el cuello de un hombre de rostro despavorido. En la viñeta se leía:

«...Y entonces, Sexy hincó sus uñas en aquel delincuente feroz. Era una muerte merecida, pero cruel. ¡Las uñas de Sexy estaban emponzoñadas por un activo veneno vegetal!»

—Uñas venenosas... —mascullé, de mala gana, tirando el trozo de papel ilustrado—. ¡Sólo eso nos faltaría ahora...!

Y seguí a Cole, saliendo de aquella suntuosa residencia de Queens, donde la siniestra mujer enmascarada, que parecía haber cobrado vida, saliendo de los *cómics* de Paul Karpis, descargó de nuevo su golpe. Esta vez, doble.

Pero en esta ocasión, por fortuna, sin trágicos resultados.

* * *

— ¿Qué me dice usted de todo esto, Cash?

Me encogí de hombros, contemplando, pensativo, al teniente Cole.

—Es difícil dar una respuesta —admití.

—Tiene que haberla. La que sea. ¿Adónde nos va a llevar este endiablado asunto?

—Me gustaría saberlo, teniente. Pero cada vez me rodean más tinieblas. Una daga veneciana, una araña asesina, una cerbatana china, curare, una ballesta medieval... Es como un rompecabezas sin sentido. ¿Qué buscan, qué pretenden?

—Desde luego, algo han logrado: terror. La gente empieza a asustarse, Cash. No creo que la televisión se decida a lanzar el programa de Sexy Cat...

—Tal vez eso es lo que alguien buscaba.

— ¿Quién? La única persona interesada en acabar con Karpis y con su historieta sería la propia señora Sheen. Y ella fue atacada, malherida...

—No sé, teniente... —golpeé mi frente—. Hay algo que se me escapa, y quisiera saber lo que es...

—Sea lo que fuere, no creo que nos conduzca al asesino. O la asesina, según parece ya casi seguro.

—Estoy convencido —dije—. Es una mujer.

—Una mujer... Pero, ¿quién, Cash?

—No lo sé. Puede ser Velda Lynn, despechada por el olvido que sufre, puede ser Sugar Lane, por darse publicidad, puede ser Gail, para aniquilar a Karpis y su obra... Hubiera podido ser Diana Sheen, pero queda ya descartada. E incluso podría ser... la señora Saint James.

— ¿Su amiga Lizabeth Saint James?—dijo, zumbón, el teniente.

—Su flirteo conmigo puede ser falso, para desviarme sospechas. Estuve con ella desde poco antes de las doce, pero lo de la residencia Sheen sucedió a las once y pocos minutos, según nos consta. Pudo tener tiempo de actuar y venir al Derby...

—Pero ella, ¿por qué? Es editora, gana una fortuna con Sexy...

—Tal vez pensó que podía ganar cien veces más creando una leyenda pavorosa y sangrienta en torno a Sexy Cat... No sé, la verdad. No entiendo mucho lo que sucede, pero no hay duda de que una de esas hermosas mujeres que yo he tratado... es culpable.

—Sólo falta algo muy sencillo —dijo Cole, sarcástico—. Saber cuál de ellas.

—Sí. Algo tan sencillo... —convine, sonriendo con ironía.

Cansado, retiré de mi mesa cuanto estaba leyendo. Amanecía ya. Un amanecer gris y sombrío, de color plomizo, suplía a los días anteriores, soleados y tibios.

No me gustó aquella mañana. Pero había muchas otras cosas que tampoco me gustaban, y tenía que aceptarlas como eran.

Me dirigí al mueble bar, y tomé un trago. No sentía sueño, sino nervios, irritación, cansancio y mal humor. El trago me sentó como un tiro.

Volví a la mesa. Terminé de hacer unos apuntes. Luego, de repente, alcé el teléfono. Llamé al Colegio Médico de Nueva York. Hice unas preguntas sobre el doctor Prentiss, tras identificarme. Se negaron a responderlas.

Llamé luego al Departamento. Cole también velaba. Le pedí esos datos sobre Prentiss, y esperé, fumando un cigarrillo. Luego, sonó el teléfono.

Descolgué. El teniente Cole estaba sumamente excitado:

— ¡Que el diablo le lleve, Cash! ¿Cómo diablos, pudo sospechar lo que sospechó? —fueron sus primeras y furibundas palabras.

—Bueno, yo no sé nada, pero pensé que investigando la vida del doctor

Prentiss...

—Pues acertó de lleno, Cash. Johnny. Prentiss fue médico en Europa. Y en Asia. Tiene pacientes muy conocidos. No sólo los Sheen..., sino Candice y Paul Karpis, cuando eran marido y mujer. Y Martin Graham, cuando era dibujante en activo. Además..., ¡el doctor Prentiss tiene un museo de piezas antiguas en su casa de Bronx!

—Yo sabía que el ocultaba algo, pero, ¿por qué la existencia del museo, por qué esos detalles tan significativos? —dudé. Me puse en pie, despejado repentinamente—. Cole, le espero en casa de la señora Sheen. Quiero hacerle a ella unas preguntas, mientras usted llega.

—Está bien —aceptó el teniente de Homicidios, con excitación creciente—. Allí nos veremos, amigo mío. Espero que para ir a alguna parte esta vez... Por otro lado, enviaré a dos agentes a casa de Prentiss, para que no se mueva y nos aguarde allí, si es que aún está.

—Bien, pero que no le traten como a un asesino. Tal vez sólo haya sido el camino para que alguien obtuviera curare, armas exóticas y cosas así...

Colgué. Y me encaminé, sin perder un instante, a casa de la señora Sheen.

* * *

El teniente Cole me encontró, ceñudo, en la puerta del vasto jardín. Se encaró conmigo, tras saltar del automóvil.

— ¿Y bien...? —masculló.

—Hablé con ella. Poco. Apenas unas palabras —dije, sombrío. Sacudí la cabeza—. No lo entiendo, teniente. Es lo más disparatado que pude imaginar. Pero es así...

— ¿No puede decirlo más claro, por todos los diablos?

—Vamos ya, teniente. Por el camino se lo contaré. Sólo espero que lleguemos a tiempo a casa del doctor Prentiss.

El teniente estaba realmente asustado e inquieto, cuando emprendimos la marcha a través de Nueva York, hacia Bronx. Fuimos vertiginosamente.

Pero aun así, no llegamos a tiempo.

Cuando arribamos allí, los dos agentes de Cole vinieron a recibirnos. Había ya agentes uniformados y un coche patrulla. Ululaba una ambulancia.

—Lo sentimos, teniente —dijo uno de ellos—. El doctor Prentiss está muerto...

— ¡Muerto! —aulló Cole—. ¿Cómo? ¿Le asesinaron acaso?

—No, señor. Es lo raro. En realidad, sólo tiene un arañazo en el rostro y otro en la mano. Su gato parecía furioso. Hemos tenido que matarlo. Parece que sufría de rabia o algo así. Le arañó... y él ha muerto.

— ¡Uñas envenenadas! —rugí, echando a correr hacia la casa—. ¡Otra

vez Sexy Cat!...

Y recordé el recorte de historietas, olvidado en la alcoba de Pinky Sheen, la niña herida...

* * *

El doctor Prentiss, ciertamente, estaba muerto. Su rostro, azulado. Los arañosos, con un raro tono violáceo.

—No toque las heridas. Ni al gato. Que lo lleven al laboratorio —avise—. Debe tener sus uñas emponzoñadas. Es un truco de historieta también... Alguien lo hizo para eliminar a Prentiss. Y creo que también le dio algún excitante químico al animal, para que actuara como actuó...

— ¿Otro crimen?

—Sí, teniente. Otro crimen de Sexy Cat.

—Pero usted dijo que ya sabía...

—Sí, ya lo sé —dije gravemente—. Venga. Veamos el museo, por favor...

Ocupaba un ala del edificio, al fondo. Tres habitaciones con armaduras, armas antiguas, muestras médicas de otros países, hierbas, venenos, antídotos, elementos químicos curiosos, hierbajos, amuletos...

—Un museo personal de los viajes del doctor Prentiss —dije, pensativo—. Tan sencillo, y no se nos ocurrió. Aquí se proveía nuestro perverso asesino de cuanto le era útil para matar...

—Pero, ¿cómo? ¿Por qué? —jadeó Cole.

—Robaba los elementos precisos. Y mataba. El porqué, resulta sin duda horrible, espantoso. El asesino no tenía un motivo cierto para matar.

— ¿Qué?

—Era solamente el impulso morboso de una mente enferma, la desviación psicopática de una persona que heredó una terrible tara mental, y se desarrolló en su ser una doble personalidad: la de la personita enfermiza, inútil, huraña... y la de la mujer asesino, despiadada, cruel y fría...

—Pero..., ¿quién? ¿Quién, Cash?

—Está claro. Quien menos pudimos pensar. Pinky Sheen. La niña inválida...

—Pinky Sheen... ¡Una niña de quince años, inválida y con poliomielitis! —se quejó Sugar Lane—. ¿Cómo lo explica usted, Cash?

—Sugar, la mente humana, cuando enferma, tiene pocas explicaciones razonables. No era poliomielitis, sino obsesión, una seguridad de ser inválida... El doctor Prentiss lo dio a entender. La poliomielitis estaba curada. Ella podía moverse. Y se movía. ¡Vaya si se movía! Creó en su mente una auténtica Sexy Cat, su ídolo de las historietas. Y llevó a cabo cuanto ella realizaba. Cuando su madre me dijo que Pinky iba a menudo con el doctor Prentiss a su casa, teniendo él un museo... lo vi todo claro.

—Pero una niña...

—No es una niña. Su madre falseaba su edad. Ella tiene ya dieciocho años. Raquítica físicamente, pero mentalmente adulta ya, Pinky sólo se desarrolló esquizofrénicamente, en el odio y la violencia. Mató por matar. Por crear un mito. Sabía lo de Graham, fue con el doctor Prentiss un día a su casa, en su coche de ruedas, en el auto del doctor. Lo eligió al azar, justo cuando acababa de contratarme. Y siguió la serie... Atacó a su madre, con su disfraz, sin hacerle más daño, y se atacó a sí misma. Así pensaba desviar mis sospechas. En cuanto al gato... resultó como yo creía. Le dio

una droga irritante, sólo el día anterior. Y emponzoñó sus uñas con un veneno del doctor. Cuando atacase, mataría a quien fuese, eso poco importaba. Era una «historieta» más, creada por un monstruo de maldad y demencia. Esa es la increíble historia de la Sexy Cat, convertida en ser vivo.

—Dios mío... —se estremeció Sugar, apoyando una mano en las mías—. Cash, lléveme a alguna parte donde olvide todo eso... A bailar, a cenar por ahí...

— ¿No se disgustará Paul Karpis? —sonreí.

— ¡Karpis! —dijo ella, despectiva—. Lo pensé bien. Y creo que no sirvo para ambiciosa, sobre todo cuando me enamoro de alguien. Dejo ese puesto para Gail o para otras. El programa ya no se hará. Ni falta que me hace. Seguiré mi camino despacio, paso a paso. Sólo así se llega a alguna parte, Cash...

—Enamorada. ¿Es que está enamorada ahora de alguien, Sugar?

—Claro, tonto —rió ella, echándose encima de mí—. De ti. Mike...

Me besó. Con más fuerza que nunca. La besé. Y nos marchamos hacia alguna parte.

, Ella tenía razón. Era un tonto.

Y Cole también tenía razón. No sé lo que tengo, pero parece que le gusto bastante a las chicas...

No hay duda. Tengo *sexy*... ¡Diablos, no! Esa palabra, nunca...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS. Impreso en España

{1} Sugar: azúcar, en inglés. Puede ser apodo, nombre propio o, simplemente, común.

{2} El sistema citado se produce con normalidad en Estados Unidos, donde grandes creadores de cómics como Alex Raymond y otros, usaron siempre modelos reales para sus dibujos, facilitados por los sindicatos y sus departamentos de arte.